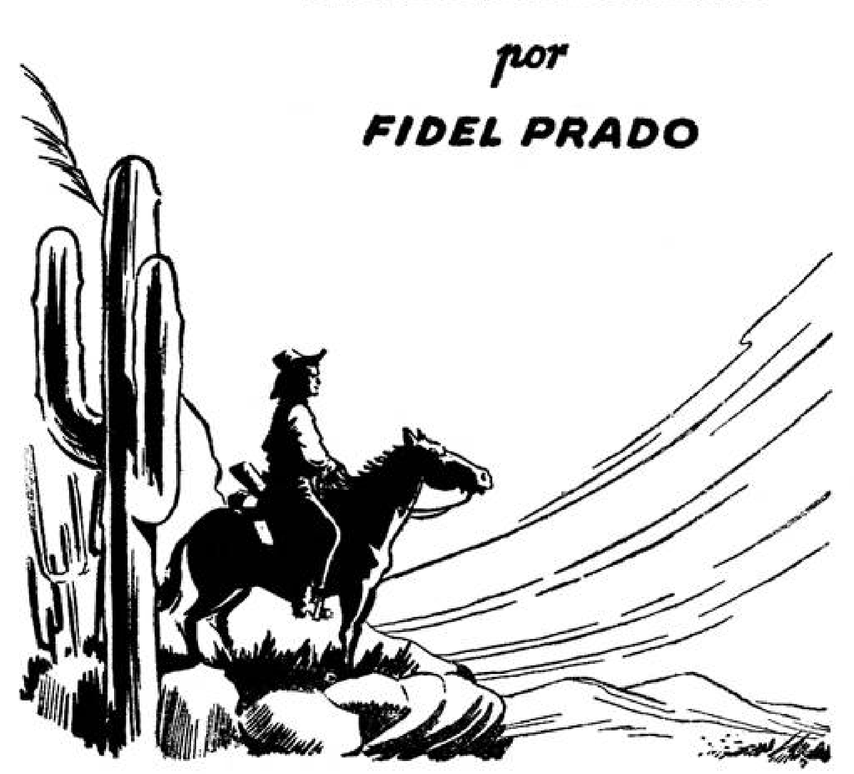

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LA HERENCIA TRAGICA
por FIDEL PRADO
3
PTAS
PAUL LESTER

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


MINA
LA ESPERANZA
La HERENCIA
TRAGICA

CAPÍTULO PRIMERO

¡Demasiado tarde!

UNA alegre mañana de primavera, llegaban a Austin, Texas, Nino Mendoza y Stella, quienes, después de un largo pero feliz viaje desde Virginia, acudían a la capital de Texas, esperanzados de poder poner término a sus inquietudes, apresando y condenando como merecía al feroz Zenker, alma y cerebro de toda la confabulación organizada contra ellos.

Jim, sin tomarse descanso alguno, se dirigió a un escondido hotel donde no llamasen la atención, y después de asearse un poco dijo a Nino:

—Te dejo aquí, al cuidado de la señorita Stella. Supongo que no olvidarás los intentos que se han hecho para suprimirla, y que vigilarás sin apartarte ni un solo segundo de su lado. Ten en cuenta, que si le sucede algo por tu idiosincrasia, me haré varias fundas para los revólveres con tu pellejo.

El mejicano, lleno de perplejidad, se rascó la recia cabellera diciendo:

—Bueno va, manito, pero eso de la sincrasia no me hase grasia o así, y, o me dices qué diablos de enfermedad es esa que padezco sin saberlo, o no cuentes conmigo.

—Bueno, esa enfermedad de la idiosincrasia es una especie de estupidez de la que suelen darte muchos ataques… ¿Me has entendido ahora?

—¿Estupidez? Bueno va… De eso entiendo ya algo. Descuida, que por ese lado creo yo que no habrá nada.

—Bien. Yo voy al cuartelillo de los rurales a ver al capitán. Voy a pasar un buen rato observando la cara que pone nuestro amigo Zenker cuando me vea.

—¡Oh, manito, caramba! Yo también quisiera verle… ¿Por qué no te le traes por acá un ratito o así? Me divertiría mucho contándole unos cuentos que yo me sé.

—Bueno, ya tendrás ocasión de verle. Pienso hacer que le procesen acusado de un cerro de cosas y espero que no salga muy bien parado de ésta.

Jim se dirigió apresuradamente al cuartelillo, haciéndose anunciar, pero cuando el capitán salió a su encuentro con un gesto de desaliento en el rostro, adivinó que no tenía muchas cosas buenas que comunicarle.

—¡Oh, Texas! —exclamó—. Adivino las maldiciones que me va a echar usted, pero tengo que decirle algo desagradable. Nuestro hombre se ha fugado.

—¡Maldición! —exclamó Jim, rechinando los dientes con ira—. ¿Cómo pudo ser eso?

—Realmente no acabo de entenderlo, aunque a alguien le va a costar un buen arresto. El hecho ocurrió anoche, y de puro audaz y sencillo parece inconcebible.

Señaló un asiento, y tomando otro detrás de su mesa, añadió:

—Anoche, como de costumbre, a la hora de la cena bajó al calabozo el carcelero a hacerle entrega de su escudilla. El preso parecía resignado con su suerte y no había dado guerra ninguna, ni se había mostrado rebelde en todo el tiempo que llevaba en el calabozo.

“Como garantía, yo había hecho que le encadenasen un pie a una argolla que hay empotrada a la pared. Era la forma más segura de evitar cualquier sorpresa, pero el vigilante conservaba la llave del candado de la cadena y esto ha sido la causa de todo.

“Anoche, cuando penetró en el calabozo para entregarle la cena, el preso la tomó, y luego, rogó que le dieran agua, pues se le había

acabado. El vigilante le llenó un pesado recipiente de barro que servía para ese menester y se lo entregó, pero en el momento de hacerlo, el preso, con un movimiento rapidísimo, lo estrelló contra la cabeza del vigilante, el cual recibió el golpe tan bien aplicado, que cayó privado de sentido.

"Inmediatamente, el preso le registró, encontrando la llave, y después de abrir el candado y darse libertad, desnudó al carcelero, se vistió con su uniforme, y colocando en su lugar al caído, cerró cuidadosamente la puerta del calabozo saliendo a la galería.

"Era la hora de la cena y casi todos los rangers de guardia se hallaban cenando en el comedor. Solamente se encontraban uno vigilando en el lugar que da entrada a los calabozos y otro en la puerta.

"El preso, tranquilamente, cruzó ante el primero, con la escudilla de la comida en la mano, y el vigilante no apreció, debido a la poca luz, que no se trataba de su compañero.

"El audaz preso salvó aquel obstáculo y, aprovechando la ausencia de rangers por los pasillos, ganó la salida. Pero al llegar a la puerta y observar que uno vigilaba, temió ser reconocido, y desde el interior gritó:

"— ¡Rangers de guardia, el capitán te llama a su despacho!"

"El aludido se apresuró a subir en mi busca y el prisionero, aprovechando aquel breve momento, ganó la salida y desapareció.

"Cuando el vigilante se presentó en mi despacho a recibir órdenes, le preguntó quién le había enviado, y me dijo que un compañero acababa de avisarle que era llamado por mí. Me extrañó la cosa y bajé a investigar el caso. Tras un rato de hacer averiguaciones, no se logró saber quién había dado tal aviso, pero, poco más tarde, como no se presentara el vigilante que había bajado a llevar la cena al prisionero, se alarmaron y bajaron a los sótanos, encontrando la puerta cerrada.

"Se le buscó inútilmente, y, entonces, sospechando algo anormal, di orden de derribar la puerta, cosa que nos llevó mucho tiempo, y cuando al fin conseguimos derribarla, descubrimos al rangers privado de conocimiento, atado a la argolla, y el preso había desaparecido.

"Inmediatamente desplegué todas las fuerzas posible a dar batidas y ordené una severa vigilancia en trenes y caminos, pero

nada conseguimos descubrir… Es decir, sí, en un solar de un derribo se encontró la ropa del vigilante escondida entre los escombros.

“No me atrevo a asegurar que no haya podido salir de Austin pese a la vigilancia establecida, pero sí le aseguro, que se han verificado registros minuciosos en lugares donde remotamente puede sospecharse que esté escondido y no se ha dado con él.

“Ignoro si posee aquí cómplices bien camuflados, que han podido prestarle ayuda, o qué ha pasado, pero hasta la fecha nada se sabe de él.

“Yo confiaba en descubrirle antes de que usted llegase, pero desgraciadamente como ve, no ha sido posible. Lo lamento sinceramente y he abierto un expediente para depurar responsabilidades, aunque eso no valga para devolver al preso a su calabozo.

Jim escuchó pacientemente el relato, y luego comentó:

—Espero encontrarle antes que usted.

—¿Sospecha usted acaso dónde se esconde?

—Ni remotamente, pero un día, más o menos tarde, volveremos a chocar. Quizá sea a muchísimas millas de aquí, donde usted no tiene jurisdicción, pero así lo presiento. Zenker luchará conmigo hasta el último minuto y uno de los dos tendremos que caer en esta lidia. Yo confiaba en haber vencido ya, pero este suceso me corta las expectativas. En fin, ¿qué se le va a hacer?

Estará escrito que será mi justicia personal y no la del Estado la que acabe con él. En el fondo, me alegro, pues será una satisfacción que no la cedería por muchos millones de dólares.

—¿Qué presume usted? —preguntó el capitán.

—Que me esté tendiendo hábiles trampas a una distancia muy respetable de aquí. Quizá a estas horas adivina hacia qué lado me voy a dirigir, inexorablemente, y se haya adelantado para tender sus redes. Todo será caminar con más prudencia.

—Créame que lo lamento, Texas.

—Bien, ya nada se puede hacer.

—Aun confío en localizarle. Le será muy difícil salir de aquí.

Casi aseguraría que ya lo ha hecho. Debe tener cómplices en Austin. Tiene muy bien organizada su red de ayudantes y es posible que esté refugiado donde menos lo piensen ustedes. En fin, las cosas

se ponen así y así hay que tomarlas.

—Lo lamento por ustedes. Hubiese deseado ayudarles a eliminar complicaciones.

—Ya nos ha ayudado bastante. El principal problema lo he resuelto; ahora, Dios dirá. Que usted lo pase bien, capitán. Muchas gracias por todo, y si necesita de mí, me voy a California.

—¿A sus posesiones?

—De momento creo que no. Posiblemente las haré una visita de paso, pero voy hacia el Norte. Tengo que dejar resuelta la herencia de esa muchacha y lo dejaré, pese a quien pese. Después, posiblemente la incitaré a que venda su mina, pues no es para mujeres explotarla, y se quedará cerca de mí.

El capitán sonrió expresivo y dijo:

—Si yo fuera usted, procuraría que se quedase tan cerca, que sólo la muerte pudiese separarlos.

—¿Podría depender solamente de su voluntad si estuviese usted en mi pellejo? —preguntó Jim.

—Claro que no, pero cuando un hombre ha hecho tanto por una mujer, si a ese hombre le interesa ella, consigue todo lo que se proponga.

—Quizá, pero, podría entrar el agradecimiento más que el amor y ese es mi miedo… En fin, el tiempo dirá lo que el Destino nos tiene reservado a cada cual.

Estrechó efusivamente la mano del capitán y se volvió al hotel cabizbajo y preocupado.

La fuga de Zenker le creaba un problema más agudo que el de liberar la mina de Stella. Sin Zenker por medio, su prima poco podía hacer, pero con el astuto secretario en libertad, la cosa podría complicarse demasiado.

Quizá todo fuese cuestión de velocidad. La delantera que Zenker le llevaba apenas si era de medio día, en el supuesto de que el preso hubiese logrado burlar la vigilancia y salir de Austin, y si se daban prisa, todo lo más que podía suceder era que coincidiesen en el mismo punto.

Cuando regresó al hotel, Nino, que se había sentado delante de la puerta de la estancia de Stella con el revólver en la mano, preguntó con sorna:

—¿Qué hay, manito? ¿Cómo me encuentras de la insincrasia esa

que dices que padezco o así?

—¡Vete al cuerno con tus tonterías, zopenco! ¡Tengo algo más de que preocuparme que de tu idiotez crónica!

—¡Va bueno, manito Texas! ¡Maldita sea Sonora, está visto que nunca acierto contigo, creo yo!

Texas penetró en la estancia seguido del mejicano, que había puesto una cara muy larga, y Stella, anhelante, preguntó:

—¿Le ha visto usted? ¿Es él?

—¡El diablo que le confunda! —replicó Jim—. ¡Se ha fugado!

Nino emitió un juramento y gritó:

—¡El muy pringao!… ¡Largarse o así sin que yo le haya podido acariciar el morro con una onza de plomo!… ¡Maldita sea Jalisco y qué desgrasiao o así soy yo!

—¿Tú solo? Pero no te preocupes, que algún día le verás reaparecer y a lo mejor, no te agrada tanto verle la cara.

—¿Que no, dices tú? ¡Repinto!… Aunque fuera juntos en la horca quisiera tenerlo a mano.

Stella se mostró nerviosa al saber la fuga de Zenker. Sentía un miedo terrible a las actividades del cruel secretario de Spack y temía por su seguridad futura.

—¡Oh, Dios! —dijo—. ¿Qué piensa usted hacer ahora, Texas?

—La decisión no es dudosa. Nos vamos a California.

—¡Oh, cuánto me alegro! Refugiada en sus posesiones, no tendremos nada que temer.

—Desde luego que nada tendrá usted que temer. Allí hay cientos de hombres a mi servicio que velarán por su seguridad mientras Nino y yo estamos ausentes.

—¿Es que piensan dejarme allí sola?

—Sí, Stella. Aquí tengo entre otros varios documentos muy valiosos, los papeles concernientes a su mina “La Esperanza”. He echado un vistazo y veo que parece algo importante y hay que rescatarla de manos de los secuaces de Spack y pasarla a sus manos. Después, se tasará y si no quiere usted explotarla, puede venderla.

—Claro que lo haré, pero… si ustedes van allí a correr peligros, no irán solos. Si la mina es mía y hay que rescatarla, correré sus mismos riesgos.

—Eso no puede ser, Stella. Usted constituiría un estorbo más que una ayuda.

—No sé lo que constituiré, pero una de dos: o dejan la mina y renuncio a ella, o les acompaño.

Jim no quiso discutir con la testaruda muchacha y contestó:

—Bien, ya hablaremos de eso más adelante. Ahora, lo principal es darse prisa. Si Zenker ha logrado salir de Austin tratará de llegar allí lo más rápidamente posible para detener nuestra marcha. Tenemos que adelantarnos a él.

—Bueno va, manito Texas—dijo Nino—; por mi parte podemos salir trotando ahora mismito o así.

—Trotarás tú, que tienes cuatro patas—dijo Jim—; nosotros nos vamos por tren.

—¡Oh, bueno! Pues nosotros nos vamos por tren. Que troten los caballos detrás.

—A propósito de caballos. Preocúpate de su viaje. Yo sacaré billetes para el tren de esta noche.

—¿Y Stella? — Preguntó el mejicano—. ¿La llevo conmigo o así?

—No, la llevaré yo. Te relevo de su guardia.

—¡Oh, bueno, eso me gusta más!, ¡repinto! Ahora mismito corro como un tren a arreglar lo de los caballos.

Como un cohete salió despedido de la habitación, pero apenas llegó a la calle, echó un vistazo hacia atrás y, tras asegurarse de que no era seguido, se metió en el bar, murmurando:

—Para correr más deprisa o así, creo yo que un buen par de vasos de *whisky* no vendrán mal, ¡maldita sea Sonora!, porque manito Texas se ha empeñao en que tengo que criar ranas en la barriga y eso no, ¡repinto!

Aquella noche, Jim, Nino y Stella tomaban el Sud Pacific, que debía conducirles en su primera etapa hasta Douglas y Tucson en California. Texas iba satisfecho creyendo que había ganado la delantera a su implacable enemigo y, sin embargo, estaba muy lejos de sospechar que éste le llevaba unas horas de delantera y que no solamente él, sino Spack y Vera, seguían el mismo itinerario. La cosa había sido como providencial, pero la suerte se les negaba unas veces a los audaces aventureros y otras se ponía de su parte.

* * *

Spack y Vera habían llegado a Austin doce horas antes que

llegara Texas.

Ansiosos por poderse reunir con Zenker y evitar que éste pudiese caer en alguna celada si aún podían llegar a tiempo, tomaron el tren y directamente llegaron a la capital de Texas, pero, precavidos, sabiendo que pisaban terreno peligroso, no sé hospedaron en la capital, sino que se dirigieron a una pequeña granja a la distancia de una milla. Granja propiedad del financiero, pero cedida en explotación a un individuo que le había servido muy bien en diversas ocasiones y al cual tenía de reserva para casos concretos.

Padre e hija se ocultaron en ella sabiendo que allí no llegarían las sospechas y como se hallaban cansadísimos, decidieron pasar la noche sin iniciar gestión alguna en la capital.

Después de cenar, se disponían a buscar descanso en el lecho, cuando una visita inesperada les conmovió hasta lo más íntimo. Zenker, jadeante, cansado, fláccido y acusando los días de prisión, se presentó en la granja buscando asilo después de su huida, pues sabía del refugio y lo conservaba inédito para casos apuradísimos.

Al encontrase con Spack y su hija, sufrió una sacudida nerviosa. Todo lo hubiese esperado menos aquello, como el financiero y Vera no esperaban verle allí y entre ellos, se estableció un violento cambio de impresiones en el que todos se acusaban del fracaso y ninguno quería reconocerse autor de él. Fué Vera la que puso fin a la disputa, diciendo:

—Lo elemental no es lo que ha sucedido, sino lo que pueda suceder. Texas se habrá apresurado a venir aquí creyendo que Zenker está ya en sus manos y en cuanto sepa que ha conseguido evadirse de ellas, yo presumo lo que piensa hacer.

—¿El qué? —preguntó Spack.

—Dirigirse rápidamente a Red Bluff para apropiarse de la mina. No olvidéis que hizo un registro en nuestra casa de Washington y que a estas horas obran en su poder todos los papeles que Zenker guardaba creyendo que allí eran invulnerables.

—Ustedes también lo creyeron—dijo el secretario pretendiendo justificarse.

—Bien, el caso es que los tiene él. Posee el plano de la mina, el emplazamiento, los límites, el registro de propiedad y todo lo que necesita para echar a nuestros hombres en cuanto llegue y quedarse con ella. Si podemos llegar antes que él, quizá la cosa no sea tan

fácil como Texas se la promete. Aquel pueblo es un pueblo que carece de verdadera Ley. El *sheriff* está a nuestras órdenes y si se le paga bien, no sólo él sino todos los indeseables de los alrededores, le secundarán. Debemos darnos toda la prisa posible en tomar el tren y salir para California antes de que Texas se nos adelante. Yo estoy segura de que si lo conseguimos, allí podremos dirimir nuestras diferencias.

—Y yo—dijo Zenker entusiasmado, señor Spack. A usted le corresponde arreglar el viaje. Saldremos para California, pero no tomando el tren en Austin, pues estarán vigilados severamente. Estudiemos el punto donde es más seguro tomarlo.

—Podemos ir a San Marcos—dijo Spack— Hay unas diez o doce millas pero el granjero tiene un carricoche que nos puede llevar. Es lo mejor.

Después de estudiar bien su próxima actuación, se retiraron a descansar. Todos estaban cansadísimos y necesitaban reponer fuerzas.

A la mañana siguiente se levantaron bien alto el sol en el horizonte. El descanso había aclarado un poco sus ideas. Ahora se sentían más animados.

Zenker aprovechó un momento que se halló a solas con Vera, para decir:

—¡No sabe usted cuánto he sufrido pensando en su cautiverio! Le juro que hice cuanto estuvo en mi mano para sacarle de él y ya lo ve… he estado a punto de caer en manos de nuestro despiadado enemigo.

—Gracias por todo, aunque no haya servido para nada—dijo fríamente la hija del financiero.

—Ya… No me perdona la derrota. Lo comprendo. Su situación no ha sido tampoco muy envidiable, pero yo le prometo que otra vez tendré más suerte y entonces…

—Entonces hablaremos, Zenker. Usted se las promete siempre muy felices y sin embargo…

No dijo más, pero Zenker se sintió hondamente dolido. Vera estaba resultando una incógnita para él y no acertaba a explicarse la causa de su frialdad.

Pero ya el coche se hallaba preparado para partir y los tres tomaron asiento en él para dirigirse al pequeño poblado, donde

debían tomar el tren del mediodía que les conduciría a California.

CAPÍTULO II

UN ALTO EN EL CAMINO

EL viaje de Texas y sus compañeros no ofreció otra novedad que el cansancio natural de tan larga jornada. Fueron varios días de encierro en un vagón rodando por Tejas, Nueva Méjico y Arizona, para entrar en este último estado por Yuma, cruzar por San Bernardino y hacer escala en Los Ángeles, donde pararon un día para descansar.

Al siguiente, emprendieron el viaje por la costa hasta alcanzar el curso del Eel River, donde desde el río al mar, en una enorme extensión que parecía no tener fin, Texas poseía sus haciendas. Bosques, pastos, y aserraderos y transportes de maderas para los buques.

En el centro de la extensa llanura rodeado de un tupido bosque y dotado de toda clase de comodidades, el audaz aventurero había levantado su rancho, el mejor de todo el territorio de la cuenca del Sacramento.

Cuando llegaron a él, Stella se maravilló de la hermosura del lugar y de la gran cantidad de gente que Texas tenía bajo su dominio. Conforme iban avanzando, descubría hacinamientos de casitas pequeñas pero bellas e higiénicas, que formaban aldeas y

pequeños pueblos y a cada pregunta que hacía, Nino respondía mecánicamente:

—Todo esto es del patrón.

—¡Oh! —exclamaba Stella—. Pero, debe ser inmensamente rico.

—Creo yo que sí. Su padre le dejó mucha hacienda, pero él la multiplicó o así. Si quisiera, podría levantar en armas cientos de colonos que se dejarían matar por él.

—¿Y teniendo tanto dinero expone su vida corriendo aventuras en las que se juega la vida a cada minuto?

—¡Psh! Manito Texas es así y no más que así, señorita. Se aburre de ganar dinero sin peligro y lo echa de menos, creo yo. ¿Ve usted todo eso? Pues es tan mío como suyo y sin embargo, yo también prefiero la vida azarosa, ¡maldito sea Jalisco! Aquí se le pudren a uno los huesos o así, vigilando las reses, cuidando los pastos, teniendo que ocuparse de la alfalfa y el maíz… ¡Bah! La vida aquí es un asquito.

—No diga esas cosas, Nino. La vida aquí es un paraíso.

—Bueno, para usted puede, para nosotros no. Hemos nacido para pelear y aquí ya no hay quién quiera pelear con manito Texas. Por eso tenemos que ir a buscar las riñas más allá, ¡repinto!

Cuando los tres a caballo penetraron en el largo camino que conducía desde la carretera al interior de la hacienda, infinidad de peones ocupados en sus faenas se detenían un momento para agitar sus sombreros al aire saludando al patrón y luego volvían a su trabajo sin más expresiones de regocijo, hasta que al fin penetraron en un bello jardín que rodeaba el rancho.

Un peón salió a recibirles dándoles la bien llegada e inmediatamente dos criadas acudieron a hacerse cargo de Stella, sin demostrar extrañeza ni curiosidad por la llegada de la joven.

Esta desapareció con ellas en el interior de la hacienda y poco después, salía a recibirles un hombre ya entrado en años, de rostro inteligente y mirada aguda.

El viejo, que era el administrador, saludó con la mano, diciendo:

—Bienvenido, señor. ¿Nada nuevo?

—Nada, don Jaime. ¿Y por aquí?

—Todo igual, señor. La gente se porta como de costumbre. Los libros están al día y puede examinarlos cuando guste.

—Quiero suponer que, como de costumbre, estarán bien, don

Jaime. No tengo tiempo de ocuparme ahora de números.

—Bien, señor, pero… hay muchos miles de dólares en la caja y no estoy a gusto. Espero órdenes.

—Que los lleven al banco.

—Me ha dado miedo. Parece que este lado de la costa no anda muy tranquilo. Las minas se van agotando y baja y sube mucho aventurero.

—Bien, elija cuarenta hombres bien armados, tome el coche y vaya a San Francisco a depositar el dinero. Con eso basta.

—Así se hará, señor.

Texas dejó en libertad a Nino, el cual se apresuró a recorrer diversos lugares de la hacienda para pavonearse ante los colonos de ser un héroe al lado de su patrón y Texas se encerró en su despacho a estudiar los documentos encontrados en la villa de Zenker.

A la hora de comer, lo hizo con Stella que se mostraba turbada y encantada de aquel lujo y aquella hacienda tan enorme y no cesaba de elogiarla ardorosamente.

—¿Le gusta, Stella?

—¡Pero si esto es un paraíso! Aquí me moriría feliz sin salir para nada de su cerca.

—Pues… puede quedarse tanto tiempo como guste. Mi casa es suya.

—Gracias, Jim… es usted tan valiente como generoso, pero yo no puedo abusar de su generosidad. Me gustaría que cuando recobre mi herencia, me vendiese usted un trozo de éste parque para levantar en él mi casa.

—Lo siento, Stella, pero no vendo nada. Mi padre me lo legó y he procurado aumentarlo…, no sé para quién pero aumentarlo. No obstante, no necesita comprar nada, porque todo lo pongo a su disposición por el resto de su vida.

—No, no puedo aceptarlo. ¿Con qué derecho?

—No sé ni me importa. Yo se lo brindo y en nada me perjudica… Aquí viven cientos de personas bajo mi amparo y comen de mi hacienda, ¿qué importa uno más?

—Pero yo no produzco. Sería una flor exótica en este vergel, donde todos son abejas de una colmena.

—¿No tengo flores en mi jardín, también? Usted sería una más y la más bella y atrayente de él.

Stella se ruborizó al oír el galanteo y para ocultar el rubor que había acudido a su rostro, se inclinó sobre el plato enmudeciendo. Jim la contempló de reojo y sonrió.

Luego, poniéndose serio, añadió:

—Bien, puesto que tanto le gusta esto, espero que para gozar de ello a su gusto se decida a permanecer aquí, en tanto que Nino y yo vamos a echar un vistazo a su mina.

Ella se irguió fieramente y sin vacilar, afirmó:

—No lo sueñe, Jim. Yo no puedo estar aquí nada más que cuando usted esté. Se ha empeñado en correr una peligrosa aventura en interés mío y mi deber me lleva a su lado. Pueden suceder cosas trágicas y no me perdonaría estar aquí tranquila y gozosa, mientras usted se hallase en peligro de muerte. Le he dicho y repito, que o renuncio a la herencia, o hasta que ésta quede liberada no me separaré de ustedes.

—Pero cómo le voy a decir que su presencia…

—No me lo repita. Ya sé que me he comportado como una niña cursi, que sólo sirvo para estorbar, pero he cambiado mucho. Mi prima me ha enseñado a ser enérgica. He comprendido que si para el mal se puede ser valiente, para el bien tenemos la obligación de serlo. Me avergonzaría pensar que otra mujer de mi misma sangre se expone a un peligro por una causa buena o mala, y yo por la mía, tan buena como la mejor, me quedase en un rincón traspasando a hombres generosos como ustedes el peligro que debo correr la primera. ¿Qué hubiese tenido que hacer sola y sin su ayuda para defender mis derechos?

—No es igual… Se hubiese quedado usted sin su patrimonio.

—Quizá. Pero ustedes me han abierto los ojos… Jim, ¡por lo que más quiera, no me deje aquí! Me moriría de angustia pensando en ustedes en su situación y en los peligros que pudieran correr… Le prometo comportarme cómo debo y no ser en ningún momento un estorbo inútil.

Jim apeló a toda su elocuencia para convencerla sin conseguirlo, hasta que por fin, dijo evasivo:

—Bien, ya veremos.

Ella se levantó de la mesa, diciendo:

—Escúcheme bien, Jim: no admito engaños. No pretenda sumirme en la duda y luego aprovechar las sombras para marcharse

y dejarme aquí, porque acaso fuera peor… Yo sé dónde está la mina y si se marchasen ustedes sin mí, me iría por mi cuenta a correr el riesgo. ¡Se lo juro!

Stella estaba magnífica haciendo tal afirmación y Texas conmovido, exclamó:

—Bien, le prometo no marchar sin llevarla en mi compañía. No sé si más tarde tendremos que arrepentimos todos de esta debilidad mía.

—Yo, por mi parte, le prometo que no, suceda lo que suceda, siempre que se trate de ustedes. Es demasiado lo que están haciendo por mí y no lo merezco.

—¿Usted qué sabe? — replicó Jim vehemente—. Usted merece eso y todo cuanto un hombre pueda hacer por usted.

Stella volvió a ruborizarse y se atrevió a mirarle. El, sin duda arrepentido de sus palabras, se levantó añadiendo:

—No puedo perder tiempo, Stella. Tengo que preparar todo para la marcha y aun así supongo que ese buitre se nos haya adelantado. Lo sentiría, porque quizá eso retrase la solución de todo.

—¡Qué le vamos a hacer! Esta vez no se podrá achacar usted mismo la culpa ajena. Usted no fue quien dejó marchar a Zenker.

—Así es, pero el resultado puede ser el mismo.

Red Bluff se hallaba situado a unas cien millas de la propiedad de Texas, casi pegado al curso del río Sacramento y Jim confiaba en hacer la jornada en tres etapas, contando como contaban con caballos duros y resistentes.

Podía haberla acortado buscando otro medio de locomoción, pero estaba escarmentado de trenes y diligencias y sabía que a caballo, podía elegir rutas extraviadas pero muy conocidas de él, y no caminar por senderos obligados que podían estar tomados por secuaces de Zenker para detener su avance.

Mientras arreglaba algunos asuntos urgentes de su administración, confió a Nino el cuidado de preparar los caballos, las armas, las municiones y las bolsas con vituallas, así como cantimploras para el agua. Quería ir prevenido de todo para no tener que depender de nadie, o verse expuesto a desagradables contingencias por falta de alguno de dichos imprescindibles elementos.

Nino preparó todo y cuando quedó satisfecho de su labor, se

retiró a una de las granjas cercanas, donde al atardecer, después de la faena se reunían gran cantidad de colonos de las inmediaciones, entre ellos un buen número de muchachas jóvenes y bellas.

Nino gustaba mucho de darse importancia entre ellas y así, cuando regresaba de alguna excursión peligrosa, se envanecía relatando sus heroicas hazañas, que aun siendo heroicas, él gustaba de aumentarlas, pues le parecían nimiedades relatadas con verosimilitud.

Así, aquella tarde, sentado en un poyo de piedra y teniendo un gran auditorio alrededor, les relataba una de sus innumerables hazañas, complaciéndose en ensalzar la figura de Texas, pero no quedando atrás en realzar su intervención.

—Fué algo grande, ¡repinto! —decía—. Figuraos que nos rodeaban cuarenta forajidos, mandados o así por uno de los pistoleros más nombrados de Tejas. Nosotros creo yo, estábamos refugiados detrás de unos pobres peñascos disparando como fieras, pero ellos, además de ser muchos, montaban a caballo y galopaban cómo diablos tratando de rodear los peñascales para acribillamos a tiros.

“El jefe, sobre todo, montaba un caballo precioso. Grande como un farallón y ligero como el viento. Un caballo muy rechulo, que a mí se me había encaprichado o así y el animal parecía comprenderlo, porque, ¡repinto! no hacía más que pretender acercarse a mí relinchando con alegría. Era un caballo que… ¿vosotros habéis oído nombrar el caballo del señor Atila?…

Todos coincidieron en afirmar que desconocían a dicho jinete y Nino despectivo, repuso:

—Sois unos idonsicrasios, como dice el patrón. El señor Atila fue un forajido que mandaba una partida de hunos y que murió a manos de un *sheriff*, en un sitio que llaman las Galias, allá por Montana. Era un rufián con muchas agallas y su caballo era el mejor de todo el Oeste.

—¿Y qué fue de su caballo? —preguntó uno de los oyentes.

—¡Repinto! ¿No te estoy diciendo que lo montaba aquel jefesillo que nos sitiaba? Creo que se lo compró a un cuatrero por cien dólares, ¡total una porquería!, y yo me propuse apropiármelo para mí.

“Se estaba armando un bochinche de tiros, cuando el célebre

caballo partió como un rayo creo yo y llegó hasta los peñascos. Yo, ¡maldita sea Sonora! no pude impedir que el repringao que lo montaba me disparase un tiro aquí en este hombro, pero con la otra mano, salté sobre él, le apreté el gañote hasta que el muy pringao sacó una lengua como para barrer el bosque y, bueno, monté sobre el caballo y me lancé contra su banda haciéndola correr de tal modo, que a estas horas aún no deben haber parado, creo yo.

—¿Y dónde está el caballo? —preguntó otro—. Nos gustaría verle.

—¡Ah, claro, maldita sea Jalisco! Y yo también, pero una noche el muy pringao se encaprichó de una yegua muy rechula de un marchante y se largó tras ella, ¡malditos sean sus cascos! y me dejó más solo que un ciprés. Bueno, aquella noche si no me bebo tres litros de tequila creo yo que reviento.

Dos sonoras carcajadas partieron de los árboles cercanos y las figuras de Texas y Stella surgieron de detrás de uno de los gruesos troncos, regocijados con las mentiras del mejicano. Este, enrojeciendo hasta los ojos, murmuró:

—¡Bueno, manito, ya sé yo!, ¡maldita sea Guadalajara!, que a ti no te hase mucha grasia lo del caballito, pero no irás a decir delante de estos pringaos que fue mentira aquello.

—¿Yo? Dios me libre de desmentirte, Nino. Hablas como un oráculo.

El mejicano se rascó la cabeza, perplejo y mirándole con recelo, repuso;

—¡Oh, bueno, si tú lo dices! Yo no he oído hablar que recuerde a ningún oráculo ¡maldita sea Jalisco!, pero tú que has corrido más mundo sabes más de eso.

—Sí, Nino, yo sé mucho de eso y de otras cosas, pero tú debes saber que dentro de una hora partimos. ¿Qué haces aquí embobando a la gente en lugar de estar preparando el viaje, Nino?

—Pero, manito, ¡si todo está ya listo, creo yo!

—¿Y el caballo de la señorita Stella, también?

—¿El caballo de la…? ¡Pero, repinto, es que la señorita también!… ¡Oh, tú estás loco, manito Texas!

—Y tú eres un cretino. Tienes media hora justa para prepararle todo igual que a nosotros. ¡Ah! Y a ver qué caballo le escoges. Mira a ver si está el de Atila a mano y…

Nino dio un respingo y salió corriendo, mientras Texas y Stella rompían a reír, al observar la confusión del mejicano.

Algunos minutos antes del plazo concedido, Nino tenía preparados los tres caballos delante del porche del rancho. En las sillas, se destacaban atravesados dos "Winchesters" por persona y muy bien embalados, unos sacos que contenían diversas provisiones, así como dos cantimploras para el agua, por cabeza.

No faltaban las mantas atadas detrás de la silla y nada se le podía reprochar en su misión.

Stella, vestida con unos recios pantalones de lana, una blusa azul, debajo de la chaquetilla, las altas polainas de cuero ajustadas a las botas de alto tacón y el sombrero de amplias alas sujeto a la barbilla por una cinta de terciopelo negro, aparecía gallarda y graciosa y Nino, al verla, masculló entre dientes ciertas maldiciones contra los téjanos estúpidos que no sabían apreciar ciertos encantos y sobre su cortedad para echar fuera del pecho lo que guardaban dentro.

Texas captó sus maldiciones y gruñóle:

—¿Qué mascullas, gringo del demonio?

—¿Yo? ¡Maldita sea Sonora! ¡Me estaba preguntando dónde diablos tendrán la lengua y los ojos algunos gringos repringaos que no saben usarlos!

—¿Sí? pues muérdete la tuya, por si te hacen algún día una bonita faja con ella… ¡Vamos, maldito sea Méjico!

Texas ayudó a Stella a subir al caballo, saltó al suyo de un elegante movimiento y seguidos de Nino, se encaminaron por la senda hacia el cercado, para ganar la carretera que debía conducirlos al incógnito lugar de su destino.

CAPÍTULO III

JIM TEXAS VISITA A "PAPA YORE"

UNA vez que atravesaron el río, se encontraron en un terreno áspero y montañoso. Las estribaciones de la Sierra Nevada, empezaban a manifestarse hoscamente y como la mina se encontraba situada dentro de aquel caos de piedra, el paisaje que de allí en adelante debía de abrirse a su paso diferiría muy mucho con el alegre y verdegueante del valle que iban dejando a su espalda.

Los caballos, duros y acostumbrados a caminar por toda clase de terreno, asentaban sus cascos con firmeza en el esquisto y avanzaban por senderos abruptos que se deslizaban tortuosamente por entre los peñascales.

Al llegar la noche, requisaron un lugar propicio para levantar su pequeño campamento, siempre buscando lugares abrigados, fácilmente defendibles contra hombres y fieras, bien provistos de hojarasca y tendiendo sus mantas, se acostaban cara al cielo estrellado, sintiendo la caricia fresca, pero agradable, del viento de las montañas.

Nino, buen cocinero, extraía el menaje de cocina y encendiendo fuego entre dos peñas, freía el tocino, asaba la carne y preparaba el café con grandes protestas de Stella, que reclamaba para sí tales

tareas.

El mejicano no se avenía a ceder este trabajo. Las manos de la joven eran demasiado delicadas para el tizne de las sartenes y él las tenía curtidas por el aire, el fuego y el sol.

Durante tres días, caminaron por semejantes lugares sin que nada "turbase la marcha. Texas había elegido sitios extraviados pero seguros y confiaba en que hasta dar vista a las inmediaciones del poblado nadie saldría a molestarles.

Al tercer día de viaje, y ya cayendo la tarde, Jim dio orden de detenerse y escalando un pequeño monte, echó un vistazo hacia el Norte.

A su derecha serpenteaba obscuro y tumultuoso por los aluviones de primavera, el Sacramento. Su curso iniciaba unos virajes bruscos formando recodos violentos y un poco a la izquierda, a unas diez millas del río, pudo abarcar un conglomerado de casas que se hacinaban en un pequeño llano entre asperezas.

Stella le había seguido aunque con trabajo y Texas al verla a su lado, jadeante por el esfuerzo, pero animosa, plena de colores y de vida, se estremeció angustiado y para disimular sus sentimientos, extendió el brazo diciendo:

Aquellas casas forman el poblado de Red Bluff. En algún lugar cercano se está extrayendo oro que le pertenece por derecho propio.

—Bien, pues, iremos a rescatarlo— afirmó la joven—. No soy egoísta, pero me siento avergonzada a su lado. Creo que hago muy mal papel junto a un millonario como usted y aunque mi fortuna sea un grano de anís junto a la suya, al menos que sirva para cubrir mis necesidades. Parecerá paradójico, pero en estos momentos soy más pobre que una rata y si me viese a merced de mis propias fuerzas, no tendría ni para adquirir una torta de maíz.

Texas sonrió ante las cómicas lamentaciones de la muchacha y advirtió:

—No importa, ¿para qué quiero yo tanto como me sobra, si no podré gastarlo aunque lo derroche? Si necesita un anticipo de un millón, puedo facilitárselo y no se resentiría mi economía doméstica.

—Muchas gracias, pero, ¿para qué lo quiero yo ahora? Vale más un rifle y un caballo aquí, que todas las minas de California.

Después de contemplar el poblado, Texas añadió;

—No sé si decidirme a penetrar ahora de noche o esperar a que sea de día. Cada cosa tiene sus pros y sus contras.

—En eso no soy opinión. Usted decidirá.

—Consultaremos con el caballo de Atila, aunque supongo que haciendo honor a su raza, optará por adelantar los cascos inmediatamente.

Stella rio la ironía y ambos descendieron de la loma en busca del mejicano.

Este impaciente, esperaba la opinión de Jim y al verle avanzar, preguntó:

—Bueno, manito, ¿qué diablos hacemos aquí? ¿Es que vamos a pasar otra nochecita al fresco o así? Creo yo que ya es hora de dormir bajo techado, ¡repinto!

—¿Tienes prisa porque te abran respiraderos en la piel?

—¿A mí, maldita sea Sonora? Tengo varios en la cara para echar el aire y me sobran, creo yo.

—Pues tú decidirás. De noche, puede que pasemos más desapercibidos pero si nos tienden una emboscada, será más difícil descubrirla y de día, podemos descubrirla con más facilidad, pero también a nosotros pueden vernos antes de que podamos evitarlo.

—Entonces, vamos allá, ¡repinto! Tú nunca te has parado a pensar lo que te conviene. Has hecho lo que has querido. De noche es cuando salen los sapos de su madriguera, creo yo y por ello, es más fácil conocerlos.

—Bien, tú ganas, Nino. Alguna vez tenías que decir algo con sentido común.

—¡Oh, claro! Aunque tú creas que la insicrasia esa que dices que padezco no me deja pensar, pienso.

—Pues adelante, Nino y si atraviesas tu rifle sobre la silla para tenerlo más a mano, mejor.

—No, manito, a corta distancia manejo mejor el revólver.

Lo desenfundó colocándole delante de él y los tres descendieron por una pina senda, hasta alcanzar una estrecha y polvorienta carretera que conducía al poblado. Cuando se acercaban a éste, descubrieron junto a las primeras casas del pueblo y situados precisamente a los lados de la senda, dos jinetes que parecían cerrar el paso, Texas observó el detalle y murmuró:

—¡Atención! Veamos qué hacen ahí esos fantoches.

Se adelantó dejando en medio a Stella y cuando llegó junto a los jinetes, observó que ambos lucían al pecho la estrella de ayudantes del *sheriff*.

Los dos cruzaron sus caballos en el sendero, gritando:

—¡Alto!

Texas obedeció, preguntando:

—¿Qué sucede? ¿Es que hay festejo en el pueblo y necesitamos pagar la entrada?

—No, no lo hay, pero puede haberlo, eso depende… Tenemos orden del *sheriff* de no dejar entrar a nadie sin que pase antes por sus oficinas.

—¿Es costumbre en esta parte del Oeste?

—No; no lo es. Buscamos a alguien determinado y no queremos que se nos escape.

—En ese caso no es a nosotros a quienes ustedes buscan.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó uno amoscado.

—Porque supongo que ustedes buscarán a ladrones de ganado, pistoleros, etc., y nosotros no tenemos nada de eso.

—Eso lo dicen ustedes, pero yo no lo sé. Creo que lo mejor es…

—Lo mejor es que vayan ustedes a decirle al *sheriff* que tres forasteros que pertenecen al gremio de las personas honradas, han entrado en el pueblo y tendrán mucho gusto en recibirle en el mejor hotel de aquí, si es que en este pueblo hay hotel… ¡Ah!, al tiempo, díganle que la persona que le envía el recado, trae poderes expresos del gobierno central para muchas cosas. Bien para felicitarle si es una persona decente, bien para colgarle de un roble, si es un granuja.

Los dos jinetes rompieron a reír al oír las afirmaciones de Texas y uno, con gesto despectivo, insinuó:

—¿Que te parece, Glum? ¿Verdad que tiene gana de broma?

—Eso opino yo y lo mejor será llevarles a ver a “papá Yore” para que se ría también un poquito.

Texas miró a Nino expresivamente y con tono humorístico, dijo:

—¡Oh, si se trata de reír, yo no me pierdo esa ocasión! ¿No es cierto, Nino?…

—¡Qué va, manito! ¡Ahora mismito, creo yo!

Y antes de que los dos jinetes tuviesen tiempo de ponerse en guardia, Nino metió su caballo entre los de ambos y aferrando a

cada uno por los cabezones, tiró de ellos haciendo chocar sus testas con tal violencia, que dos agudos gritos de dolor brotaron simultáneos al golpe.

—¿Te ríes, manito? —preguntó Nino, con sorna.

—Aún no, Nino… Me ha hecho poca gracia.

—Pues espera no más, que verás cómo estos pringaos te hacen reír hasta que sueltes las tripas por la boca o así.

Tiró de ambos con tal fuerza, que los hizo caer de cabeza de sus monturas y luego, saltando elásticamente sobre ellos, les colocó sobre la cintura sus poderosos pies, al tiempo que inclinándose, les asía por los cabellos, gritando:

—¡Arre jamelgos, maldita sea Sonora! Ya estáis trotando hasta las oficinas del *sheriff* y como me dejéis caer, os clavo un tiro o así en cada hueso de la espina dorsal, para que no os estorbe al andar.

Texas saltó la carcajada, mientras Stella se llevaba las manos al pecho con emoción y Jim dándose cuenta, ordenó:

—Basta, Nino. Hay una señorita a la que ciertas cosas no harán sonreír nunca. Espera que ato las manos a este par de coyotes para que no intenten usarlas alocadamente y se suiciden ellos mismos y luego les montas a caballo. Vamos a ver a “Papá Yore”.

Texas tomó un puñado de cuerdas que siempre llevaba encima y ató las manos a la espalda de los ayudantes del *sheriff*, mientras éstos lanzaban maldiciones y amenazas sin cuento y después Nino, les izó sobre las sillas diciendo:

—¡Adelante, sapos indecentes, maldito sea Jalisco! Y al que le oiga yo rezar le aplasto la cabeza como a un coco.

Los dos sujetos se vieron obligados a dirigirse a las oficinas guiando al trío. Texas se había colocado en vanguardia con los revólveres empuñados vigilando la calle mientras Nino a retaguardia, echaba unas miradas feroces a los pocos transeúntes que se habían dado cuenta de la situación de los dos ayudantes y se detenían a contemplarles extrañados.

Por fin llegaron a una especie de plazoleta donde estaban instaladas las oficinas. Los dos jinetes se detuvieron y Texas ordenó:

—Dales un rato de palique, Nino. Les conviene un poco de distracción. Acaso les entusiasme que les digas algo gracioso del caballo de Atila. Nosotros vamos a ver a papá, que debe estar esperándonos con los brazos abiertos.

A Nino no le hizo mucha gracia la broma de Texas, pero rabioso exclamó:

—Bueno va, les contaré algo de eso y de cómo sé tratar a los granujas cuando se cruzan en mi camino. Creo yo que eso les gustará más.

Texas hizo señas a Stella para que se apease e insinuó:

—Si saca usted su revólver y se lo guarda entre la manga, acaso sea conveniente. No sabemos con cuánta gente vamos a conversar ahí dentro.

Ella obedeció con el pulso alterado. Había hecho muchos ofrecimientos de valentía y tenía que hacer honor a su promesa.

Texas empujó la puerta y se encontró ante una pequeña estancia con muy pocos muebles—una mesa, dos sillas y un pequeño armario—, y detrás de la mesa, sentado, en mangas de camisa, con los enormes pies colocados sobre el tablero y la pipa entre los dientes, un sujeto alto y vigoroso, de unos cuarenta y ocho años, con el pelo rizado y crespo, la nariz aguileña, la piel curtida por el sol y una rojiza cicatriz abarcándole toda la mejilla izquierda, señal que hacía su rostro bastante repugnante.

El *sheriff* miró a la pareja extrañado y se inclinó sobre el asiento sin bajar las piernas del tablero de la mesa.

—¡Por Judas! —exclamó— ¿Quién diablos son ustedes y cómo se encuentran aquí solos?

Texas, irónico, señaló sus groseros pies diciendo:

—Aunque vengo con una señorita, está usted dispensado de mostrar educación. Tenemos costumbre de penetrar en los corrales y ver con agrado como los cerdos se revuelcan sobre el lodo de gusto al recibirnos.

El *sheriff*, como picado por un reptil, bajó las piernas, se puso en pie mostrando su recia humanidad y con el ceño fruncido, rugió:

—Oiga, forastero, no acostumbro a que nadie me diga lo que debo hacer en mi casa. Yo no le he llamado a usted y puesto que ha venido, le recibo como me da la gana.

—Conformes, puede usted continuar haciendo el cerdo que no nos ofendemos por eso. En cuanto a que no nos ha llamado, ya es otra cosa, "papá Yore". En las afueras, había dos ayudantes de usted obstinados en que le hiciéramos esta visita y como verá, no hemos tenido inconveniente.



Yore un poco nervioso, gritó:

—¿Y dónde están esos cerdos que no me han anunciado su visita?

—¡Oh! Están muy ocupados oyendo cuentos mejicanos ahí fuera. Yo tengo un ayudante que sabe muchos y se ha empeñado en contárselos todos.

—Bueno —gruñó el *sheriff*— no me gustan esas bromas. Que pasen y digan…

—No se moleste, que yo se lo diré. Me han asegurado que tenían orden de usted de traer aquí a todos los forasteros que quisieran entrar en el pueblo y como a mí “no me lleva nadie”, pues sé andar solo, he venido por mi propio gusto prescindiendo de su amable compañía.

—¿Quiere decirme que se ha rebelado contra ellos?

—Quiero decir que tengo prisa y espero sus explicaciones. Bien entendido que si tarda mucho en dármelas me iré sin recibirlas, pues no me interesan.

—Eso se lo habrá usted creído y puesto que está aquí, le diré que he dado orden de detener a todo forastero, porque tengo denuncias concretas que atestiguan que alguien viene aquí a sublevar a los mineros y como ya hay bastantes tiros sin necesitar excitaciones, he decidido arrojar de aquí a todo el que no sea de la región.

—¡Ya! ¿De qué lado está usted? ¿De los granujas o de los sinvergüenzas?

El *sheriff* hizo intención de llevar la mano a la cintura pero el revólver de Texas, surgido en su mano, no supo nunca cómo, le detuvo.

—No se rasque, *sheriff*, que le puedo apagar el picor a tiros. Soy más veloz que usted y tiro mejor que usted. Conteste a mi pregunta.

—¿Quién es usted para preguntar?

—Yo pertenezco al bando de las personas decentes. Quizá le extrañe eso, porque aquí, no existen o existen pocas. Me llamo Jim Texas, alguien me da el tratamiento de capitán y represento al Gobierno. Puedo enseñarle mis papeles pero basta con mi palabra. Ahora, espero sus explicaciones.

—No tengo que dar ninguna. Soy el *sheriff* y obro como me parece.

—Entonces, creo que nos vamos a entender. Escúcheme bien, porque me gusta hablar poco y hacer mucho. En estos alrededores existe una mina de oro llamada "La Esperanza", que hasta ahora la ha estado explotando ilegalmente un sujeto llamado Spack. Esa mina según puedo demostrar con documentos, perteneció al padre de esta señorita y hoy pertenece a su hija, no sólo por herencia, sino por haberlo reconocido así sus usurpadores. Vengo decidido a tomar posesión de ella y a arrojar a los que la explotan indebidamente y quiero saber si cuento con su ayuda o si he de rescatarla contra su ayuda. Espero que me conteste, pues se me están enfriando los pies aquí.

El *sheriff*, que le escuchaba rabioso, sin perder de vista sus manos, en las que el revólver daba vueltas velozmente, contestó:

—Bueno, pues por mi parte, si viene usted a eso, busque la mina y quédese con ella si se la dejan. En cuanto a mí, nada puedo hacer por ayudarle. Aquí represento la ley de nombre, pues cada uno la lleva bien amarrada en la mano o en la cintura y todavía me creo joven para ocupar un lugar en el amplio cementerio del poblado.

—¿Quiere decir esto que está usted de parte de esos granujas?

—Quiere decir, que puesto que se considera tan bravo que entra desafiando, puede valerse por sus propios medios.

—¿Ignora usted que puedo destituirle cuando quiera?

—Bueno, pruebe. Aquí tiene usted tanta autoridad como yo

tendría en Utah en un templo mormón. Quisiera saber quién haría caso de sus órdenes.

—¿Lo pone usted en duda?

—Ni siquiera dudarlo, capitán Texas.

—Ya tendré ocasión de demostrárselo pronto.

—Espero la demostración. Por otra parte, me está usted hablando de algo como si yo tuviese obligación de creer todo lo que me cuentan. Yo he conocido siempre como propietario al señor Spack y usted me habla de él como si fuese algo que no existiese.

—Y en realidad no existe. Murió.

—¿Sí? ¡Qué pena! ¡Y yo sin enterarme!

—Su hija y su secretario, que supongo andan por aquí, podrán dar a usted informes muy sabrosos. Un día, subió a un nogal a coger nueces, se escurrió y quedó colgado de una soga al cuello… Creo recordar que tomé parte en tan grato festejo y como no es el primero en que he actuado, ni espero que sea el último, vaya tomando datos por si le gustan las nueces.

—Me está usted asustando tanto, que voy a tener que renunciar a probarlas aunque me gustan mucho.

—Será una medida muy prudente. Y ahora, como ya hemos hablado bastante, espero su decisión. Dígame si estima que puedo marcharme tranquilamente o si debo tomarme la libertad por mi cuenta.

El *sheriff* se quedó un momento dudando, pero al observar el revólver de Texas girando sobre su dedo amenazador, contestó:

—Creo que puede marchar. Es usted demasiado expresivo para negarle lo que se ha anticipado a tomar. De todas formas, espero que nos veamos en ocasión próxima.

—Yo estoy seguro de ello, pero eso no me importa. En cuanto a sus ayudantes, ahora se los devuelvo. Creo que les duele un poco la cabeza de reír con los cuentos de mi ayudante, pero no será cosa grave… por ahora.

Hizo intención de salir, pero volviéndose rápidamente, tomó el revólver del cinto del *sheriff* y abriéndolo extrajo las cápsulas.

Luego, metió tacos de papel apretándoles con el reverso de un lápiz para que no pudiese cargarlo y dijo:

—Perdóneme, no quiero verle todavía criando cipreses y por eso le dejo ese bonito entretenimiento.

Fuera, Nino tenía a raya a los dos ayudantes. Texas ordenó:

—Descarga sus rifles y guárdate los cartuchos. Andando, Nino.

El mejicano obedeció y cuando se guardaba los proyectiles, exclamó:

—Bueno, manitos, otro día volveré a contaros otros cuentos más divertidos. Ya veo, ¡repinto!, que no os gustan los cuentos de ahorcados o así… Es una pena que seáis tan fúnebres, ¡maldita sea Sonora!, porque a mí me hacen mucha gracia. Sobre todo aquel que mientras colgaba del árbol azotado por el viento barría la hierba con la lengua, es muy gracioso, creo yo.

El trío abandonó la plaza a todo galope. Nino a retaguardia, se había vuelto Sobre el caballo y empuñaba el rifle sin perder de vista a los ayudantes. Esperaba cualquier intento de éstos para cargar los rifles y disparar sobre ellos, pero ambos, obrando con prudencia se limitaron a mirarles marchar con ojos rencorosos. Habían calculado bastante bien la agresividad y fuerza de aquella pareja de terribles forasteros y comprendían que no eran tipos blandos con los que podían presumir de valientes.

CAPÍTULO IV

Texas adivina una trampa

CRUZARON varias callejas al albur, hasta que lograron salir a una calle ancha y empolvada que debía ser la principal. Al promedio de ella y haciendo esquina a un callejón sombrío, descubrieron un edificio largo, con una fachada bastante alta aunque sólo constaba de la planta baja y un piso. En la puerta, podía leerse un cartel anunciando un hotel.

Texas hizo que sus compañeros se detuviesen y cruzando el callejón, examinó el hotel por la parte trasera. Esta daba a un descampado y en aquel lado, se abría un cobertizo destinado a guardar los caballos.

Volvió junto a sus compañeros diciendo:

—Me agrada el sitio. Vamos a pedir habitaciones.

Un mozo grueso y colorado, salió a recibirles. Texas pidió dos habitaciones para los tres y el mozo le llevó al mostrador donde un tipo seco y anguloso, repasaba gran cantidad de papeles.

Se trataba del dueño del hotel, el cual les miró inquisitivamente y luego repuso:

—¡Ah, sí, habitaciones! Puedo ofrecerles un par de ellas. Dos dólares por la estancia y comida aparte.

—Vengan. Por esta noche no queremos comer nada. Mañana trataremos de eso.

Nino bostezó ruidosamente como protesta por la afirmación de Texas.

Le atormentaba un hambre devoradora y aquella perspectiva de ayuno no le agradaba.

El dueño les acompañó a escoger habitaciones, mientras el mozo trasladaba los caballos al cobertizo.

Les fueron ofrecidas dos estancias en un pasillo transversal del piso bajo, pero Texas las rechazó. Las quería, en el piso superior, y ventiladas.

Ascendieron y Texas, sin pedir permiso, fue examinando las que encontró al paso, hasta detenerse en una que poseía una gran ventana al fondo, ventana que daba precisamente sobre la corraliza donde se guardaban los caballos.

—Esta y la de al lado—indicó Jim.

—Medio dólar más—dijo el dueño. —Estas son más caras.

Texas no protestó por el expolio, aunque Nino se disponía a intervenir ruidosamente y abonó el gasto, diciendo al dueño:

—Venimos muy cansados y vamos a acostarnos. Supongo que este hotel será tranquilo.

—¡Oh, mucho! Ahora no es época de apreturas. Dormirán como lirones.

—Perfectamente. Hasta mañana, patrón.

Cuando quedaron a solas, Nino refunfuñó:

—Bueno va, manito, creo yo que no hay derecho a esto, ¡repinto!, que tú te mantengas del aire no quiere decir o así que nosotros hagamos lo mismo. ¡Maldita sea Sonora! Yo tengo las tripas en las espuelas y la señorita…

—Cállate, Nino. Tú comerás cuando los demás. Ahora se trata de que no te llenen la barriga de plomo, que es poco digerible. ¡Prepárate que nos vamos!

—¿Cómo? ¿Y para eso te has dejado robar creo yo, dos dólares y medio?

—Nuestras vidas creo yo también que lo valen. Escucha, carne con ojos. Vas a entrar en el cuarto destinado a la señorita Stella y vas a colocar sobre la puerta una banqueta apoyada al aire, y sobre ella la palangana de hierro sujeta de canto. Tú ya conoces el truco.

Se trata de que cuando intenten empujar la puerta, banqueta y recipiente caigan al suelo armando un estrépito de mil diablos. Cuando lo hayas colocado, salta por la ventana a la corraliza y espérame allí.

Nino pareció comprender, porque exclamó:

—¡Bueno va, manito! Ya caigo… Esperas visita…

—Sí, y ruidosa, por eso he tomado estas precauciones. Date prisa, que voy a preparar aquí la trampa.

Mientras Nino obedecía, Texas colocó la banqueta y la palangana en la forma que había indicado y luego se asomó a la ventana.

—¿Qué intenta usted hacer? —preguntó Stella.

—Prepararles una trampa. Estoy seguro de que dentro de muy poco, una partida de lobos rodeará este hotel con ánimo de apresarnos. Estamos en plena guarida enemiga y desde el *sheriff* al último indeseable, estarán de acuerdo para suprimirnos. Por eso quiero convencerme y darle a entender que conmigo hay que andar con suelas de plomo.

Cuando distinguió a Nino moviéndose silenciosamente en el cobertizo, advirtió a Stella:

—Va usted a bajar por la ventana. Aunque está un poco alta, yo la sujetaré desde aquí por los brazos y la caída será más corta. Suba.

La muchacha, sin replicar, montó sobre el alféizar y Texas tomándola por los brazos, la dejó escurrir a lo largo de la pared, hasta dejarla pender de la jamba. Luego la soltó, siendo recibida por Nino.

Después saltó elásticamente, reuniéndose los tres en la corraliza.

—Abre con cuidado la puerta —ordenó Jim—, y saca los caballos sin hacer ruido. Yo vigilaré por si nos descubren.

El mejicano sacó las monturas y cuando se vieron en el descampado, añadió Texas:

—Vamos a ver si encontramos un refugio no lejos de este antro. Quiero convencerme de que mis sospechas no eran infundadas.

A unos cien metros, unos desmontes les facilitaron un buen refugio. Detrás del terraplén, podían distinguir el hotel sin ser vistos.

—Bueno —advirtió Texas— quizás tengamos que esperar un buen rato. Ahora, si tienes hambre, abre unas latas de conserva y

corta unos pedazos de jamón. Distraeremos el tiempo.

Nino obedeció con diligencia y repartió los comestibles que fueron devorados en silencio, sin que nada turbase la calma que reinaba en tan obscuro lugar.

Transcurrió más de una hora sin que nada alarmante se produjese y cuando Texas se estaba preguntando si se habría equivocado en sus sospechas, Nino, que vigilaba atentamente con el rifle en la mano, susurró:

—¡Cuidado, manito! ¿No ves o así? Me parece que andan fantasmas rondando por detrás del hotel.

—Ya veo, Nino. Me figuro de lo que se trata. Piensan dar un asalto en regla y toman posiciones para que no podamos huir por esta parte. Ese buitre esquelético de dueño les habrá informado de que nuestras habitaciones poseen ventanas a la corraliza.

—¡Bueno va, si quieres, puedo divertirme un ratito, creo yo, tirando al blanco!

—Tú no te moverás, Nino. Déjales que se diviertan ahora ellos. Ya nos llegará la hora.

El mejicano refunfuñó con la orden, pero obedeció.

Desde su escondite, podían distinguir con bastante precisión los bultos moviéndose en la penumbra azulada de la noche. Eran media docena armados de revólver y habían formado un círculo alrededor del cobertizo, sin dejar de contemplar atentamente el grupo de Ventanas que se descubrían por aquella parte.

Un silencio impresionante reinaba entorno a ellos. Debían estar haciendo sus preparativos con mucha cautela, no desconociendo lo peligrosos que eran aquel par de enemigos.

Poco más tarde, el silencio se vio turbado por el agrio rumor de algo metálico que caía al suelo produciendo un golpe vibrante. Luego, estallaron voces descompuestas, gritos, órdenes y llamadas y hasta ellos llegó claramente una voz ruda que gruñía:

—¡Maldición, se han escapado!… ¡James!… ¡Lewis!… ¿No se ve nada por ahí?

Uno de los que vigilaban la parte trasera del hotel, gritó:

—¡Aquí no, maldita sea su estampa! ¿Cómo habrán podido largarse?

La voz primera, ordenó:

—Id en busca de vuestros caballos. Tenemos que perseguirles.

No deben haber ido muy lejos.

El grupo desapareció de la corraliza y Texas ordenó:

—Tomar posiciones. Cuerpo a tierra y aprovechad esas grietas para disparar. A todo el que intente acercarse aquí, recibirle sin miramientos.

—¡Oh, bueno, manito, eso va menor! Pero prometo que al primero que se ponga a tiro o así, le voy a dar un balazo entre los ojos que le curo la insicrasia, si la tiene.

Texas rio entre dientes la obsesión de Nino por la palabrita y atento al frente, preparó sus armas.

Stella, aunque nerviosa, hizo un esfuerzo para serenarse y se dispuso a secundar a sus protectores. Jamás había disparado contra nadie, aunque sabía manejar un arma, pero comprendía que su vida estaba en peligro y no podía detenerse a ponderar la situación.

—Si tiene usted miedo, retírese— dijo Texas—. Acaso sea mejor.

—¡Nunca! —repuso ella fieramente. —Le he prometido ni ser un estorbo ni retroceder ante nada y me comportaré mejor o peor, pero siempre a su lado.

El la estrechó la mano furtivamente en silencio y continuó atento a la espalda del hotel.

Poco después, una docena de jinetes irrumpían en el despoblado deteniéndose para ponerse de acuerdo.

—¿Por dónde creéis que habrán tirado? —preguntó uno.

—Quizá se hayan ido hacia la mina. Ya deben estar muy lejos.

—Bien. Entonces, nos dividiremos en dos grupos. Vosotros encaminaros hacia la mina y nosotros rastrearemos por este otro lado.

El grupo se dividió en dos. Parte de los jinetes tomaron por un sendero que se inclinaba hacia el Nordeste y el otro torció más a la izquierda, dejando a un lado los desmontes sin atravesar por ellos.

Nino, al observar que se alejaban por ambos lados del desmonte, sin dar la cara, hizo intención de disparar, pero Texas le contuvo diciendo:

—¡Quieto! Déjales.

—Pero, manito Texas… ¡Si podíamos cazar media docena o así de esos sapos! ¿Por qué…?

—He dicho que quieto. Tiempo habrá para todo.

Los jinetes desfilaron por ambos lados perdiéndose en la

obscuridad de la noche y cuando ya no existía peligro de ser descubiertos, Texas ordenó a sus compañeros:

—¡A caballo!

—¿Dónde vamos ahora? —rezongó el mejicano—. ¿A pedirle perdón al *sheriff* por haberle molestado tontamente? Nos estamos convirtiendo en mariposas inocentes, creo yo…

—Tú crees muchas majaderías, Nino. Ya te he dicho que jamás harías un buen general ni aún en tu tierra, donde todo el que posee un rifle y un caballo se hace generalito. Ahora vamos a seguir a los que dicen encaminarse hacia la mina, cuyo emplazamiento desconocemos. Ellos nos llevarán hasta ella y cuando no nos hagan falta como guías, te autorizo para que te los cenes crudos si ese es tu gusto y te lo permite el estómago.

—¡Ah, bien, manito!… Eres el patrón más rechulo que he conocido en mi pringada vida, ¡maldita sea Jalisco! Estoy viendo que no me voy a curar nunca de eso de la insicrasia…

Los tres montando a caballo, se lanzaron tras la pista de los jinetes y muy pronto abandonaron los arrabales del pueblo para caminar por un terreno sinuoso, que se adentraba por entre pequeños taludes y cortadas estrechas que iba ascendiendo gradualmente.

Avivaron el trote de los caballos, hasta que un cuarto de hora más tarde dieron vista al grupo de jinetes que iba descendiendo por una senda natural hacia una extensa planicie que moría al final en unos taludes muy elevados.

Desde su posición, descubrieron unas luces que brillaban en la noche azulada y Texas, señalando con la mano, dijo:

—Esas luces deben pertenecer a los barracones de la mina. Quizá vivan en ella los obreros. Creo que ya hemos averiguado lo que necesitamos.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Nino.

—Que ahora nos estorban esos tipos. No debemos permitirles que se adelanten y den la voz de alarma, pues lograrían ayuda de los mineros si, como sospecho, son uña y carne de Zenker. Debemos impedir que lleguen a la mina.

—Bueno, manito, pues vamos a impedirlo.

Y usando de la libertad que Texas le concedía, espoleó su resistente caballo y trotó en busca del grupo.

El caballo, lanzado por un terreno duro, batió con ruido sus cascos sobre el sendero y los forajidos al sentir galopar a su espalda, se detuvieron creyendo que se trataba de sus compañeros que acudían en su ayuda, o a darles algún informe de los fugitivos.

Texas se lanzó en pos de él ordenando severamente a Stella que quedase a retaguardia.

—No se adelante por lo que más quiera, o nos expondría a un serio peligro por preocuparnos de usted. Nino y yo nos bastamos para ahuyentar a ese puñado de coyotes.

La muchacha ante la advertencia se contuvo. Por nada del mundo quería ser la causa de que Texas expusiese su vida más de lo necesario.

Ambos aventureros se adelantaron al grupo que esperaba intrigado, pero debieron darse cuenta de que no se trataba de compañeros suyos, porque hubo un movimiento de inquietud en el grupo y se disgregó dispuesto a hacerles frente.

Antes de que tuviera tiempo de disparar, ya Nino lo había hecho y uno de los forajidos alcanzado mortalmente en un costado, cayó del caballo, siendo acogida su caída con un terrible griterío y una lluvia de disparos.

Texas y Nino galopaban desaforadamente para evitar que pudiesen fijar la puntería sobre ellos, empezaron a girar vertiginosamente alrededor de sus enemigos, disparando con la fina puntería que poseían.

La pelea duró escasamente diez minutos al cabo de los cuales, tres forajidos habían mordido la tierra y los otros tres, uno visiblemente tocado, emprendían una vergonzosa fuga camino del poblado, acosados durante un buen trecho por Nino, que no se mostraba contento con tan escaso resultado.

Cuando se convenció de que el miedo parecía haber puesto alas a los caballos, regresó junto a Texas, el cual ya se había reunido con Stella.

Esta, muy emocionada, dijo:

—¡Oh, he pasado un momento terrible! Creo que nunca me acostumbraré a ver caer a los hombres muertos con esta facilidad y por causas tan poco nobles.

—Bien, pero también los que defienden causas nobles suelen caer a sus manos, no lo olvide, y entre unos y otros, lo justo es que

caigan los que se ponen en contra de la ley y de la justicia.

Nino, refunfuñando, exclamó:

—¡Son unos pringaos cochinos o así, maldita sea su figura! Tanto presumir allá en el pueblo y luego, ya ves, lo mismo que coyotes.

—Ya está bien, Nino. Por ahí tienes tres carroñas tiradas. Si tanta hambre tienes, puedes hacerte una mistura de hígado.

—¿Para qué me envenene o así? Deja a los buitres su ración que también tienen derecho a la vida.

Texas se quedó contemplando los barracones, que abajo en el llano seguían débilmente iluminados por los quinqués de petróleo. Nada anormal se escuchaba en ellos y comentó:

—¿Es posible que no hayan oído el tiroteo desde allá abajo? No estamos tan alejados.

—Puede que como el aire soplaba de allí… ¿Qué pretendes, manito?

—Por esta noche, nada. No quiero aventurarme a ir a la mina a estas horas. Nada adelantaríamos. Por otra parte, esos cobardes podrían volver con refuerzos y cogernos en esas parrillas. Prefiero buscar un refugio donde pasar lo que queda de noche y cuando salga el sol, bajar a echar un vistazo.

—Bueno va, buscaremos alguna topera o así. ¡Maldita sea Sonora! Está visto que no puedo dormir en blando más que una docena de días al año.

—¿Qué más te da, si no distingues un canto de una yacija rellena de lana? Tienes los huesos curtidos.

—Bueno, pero, ¿y la ilusión de saber que se duerme en blando, aunque no se sienta?

Texas se dedicó a examinar el terreno en busca de un lugar asequible para descansar. No era difícil encontrar hoyos y fisuras, pues aquella parte del terreno a un lado y otro de la senda era muy abrupto.

Escogió un pequeño claro rodeado de peñascales al que sólo se podía llegar de frente. Podían sufrir una sorpresa y debía tomar todas las precauciones posibles.

Con hojas secas amontonadas, fabricó un lecho para Stella, cubriéndole con la manta. Luego, la ofreció su encerado para que le sirviese de cobertor.

—Acuéstese, Stella—dijo—. No está usted acostumbrada a esta vida tan áspera y se encontrará cansada.

—Confieso que sí. Nunca he montado tantas horas a caballo por un terreno tan infernal. Me duelen todos los huesos.

Se acostó de cara al cielo estrellado, cubriéndose con el encerado. Texas ordenó a Nino que se acostara también. El vigilaría hasta que le entrase el sueño y entonces se haría relevar.

Nino no tardó en quedar convertido en una masa humana. Tenía una enorme facilidad para adaptarse a todos los ambientes y situaciones y como Texas aseguraba, sus huesos eran insensibles.

Jim, con la pipa entre los dientes y erguido en lo alto de una peña, cubrió su turno de guardia entregado a hondas meditaciones y lo que más ocupaba su mente, era aquella figulina animosa y débil, con pujos de valiente que se revolvía dolorida e inquieta bajo sus pies, sin poder conciliar el sueño y entregada como él a pensamientos coincidentes, aunque ignorados por ambos.

CAPÍTULO V

Una toma de posesión violenta

POCO después de salir el sol, Stella despertó, tras una noche muy molesta, en la que solamente a última hora había logrado conciliar el sueño. Texas, que sólo durmió dos horas, ya estaba levantado, y Nino, a quien ni sueño ni fatiga conseguían vencer, se dedicaba a encender fuego para preparar café y tocino frito.

La joven se acercó a sus amigos, diciendo:

—Buenos días… Perdonen si me he dormido… No tengo costumbre de hacerlo sobre la tierra, y tardé mucho en pegar los ojos… ¡Oh! Debo estar hecha una birria sin lavar ni peinar.

—No exagere—dijo Texas, galante—. Usted sabe que las flores, cuando más bonitas están, es por la mañana, cuando se abren al sol.

—Muy galante; pero yo, si tengo algo, es de cardo. Me agradaría poderme lavar un poco.

Texas la llevó hasta un arroyuelo que corría entre peñas, y le entregó una toalla, un peine y un pedazo de espejo.

—He aquí su tocador—dijo—; no lo hay mejor en estas latitudes.

—¡Oh! Está usted en todo… Me basta con esto. Después de todo, quizá dentro de un rato estemos igual que antes de asearnos.

—Posiblemente. El lugar que vamos a visitar no es un palacio. Puede asearse sin prisa.

Cuando Stella terminó su tocado, se acercó al fuego. El tocino olía apetitosamente, y la joven dilató su respingona nariz.

—¡Qué bien huele, manito! —dijo, dirigiéndose a Nino e imitando su deje cadencioso.

—¿Sí? ¡Maldita sea Jalisco! Pues, le juro que no he echado nada a este pringoso tocino. Debe ser del propio cerdo, que comería rosas o así.

Se repartió la ración, y, mientras comían con gran apetito, Stella preguntó:

—Y, ahora, ¿qué va a pasar, Jim?

—¡Oh! El diablo que lo sepa.

—Pero, ¿cuál es su idea? Presentarnos en la mina y tomar posesión de ella.

—¿Usted cree que reconocerán su autoridad y mi derecho, a pesar de todos sus papeles?

—No sé; pero quizá, apoyados con los cañones de los revólveres, tenga más fuerza y eficacia.

—¿Y si son muchos?

—¡Bueno va! — Intervino el mejicano—. Esa es la salsa: que sean muchos a decir que no, para que tenga más fuerza nuestro “sí”; lo demás sería soso, creo yo.

—¿Ya sueña usted con andar a tiros? —preguntó, nerviosa, Stella.

—¿Cómo no? ¿A qué hemos venido aquí entonces, si no es a convencer a esos pelaos por las buenas? Esta mañana ha hecho un rato de fresco o así, y tengo ganas de calentarme las manos un poco, ¡maldita sea Sonora!

—¡Oh, Jim! Este hombre es terrible —afirmó la joven—. ¡Ha nacido para lobo!

—¡Bueno va!… Y si yo soy un lobo, esos malditos sapos ¿qué son?, digo yo.

Texas intervino para decir:

—Usted supondrá que, después de todos los obstáculos que han puesto en su camino, no harán entrega de la mina graciosamente. Tratarán de defenderla hasta el último minuto, y tengo curiosidad por saber quién es el que da la cara en estos momentos.

—¿Sospecha usted que sea Zenker?

—No. Sabe que ponerse delante de mí “Colt” cuesta la vida. Estará oculto dirigiendo la cruzada, pero me agradará saber quién es el valiente que se expone en su nombre.

—Tengo miedo, Jim. Vamos a meternos en una madriguera horrible, y considero que somos muy pocos.

—¡Psh! ¡Treinta o así, creo yo!— aseguró muy serio Nino.

—¿Cómo, treinta?… ¿Es que han traído ustedes más gente detrás? — preguntó Stella, respirando más a gusto.

—¡Oh, no, maldita sea Guadalajara! ¿Para qué? Manito Texas vale por dieciocho y yo por doce o así.

Stella le amenazó con arrojarle la sartén a la cabeza. No se acostumbraba a los desplantes de Nino, y no sabía cuándo hablaba en serio o en broma.

—¿Lo duda usted o así? —preguntó, muy formal, el mejicano—. Ya lo verá cuando haya que andar a tiros con esos pringaos.

Recogió todos los utensilios de cocina, mientras Texas echaba un vistazo a la hondonada. A pesar de la distancia, captaba el ir y venir de gente, mover de vagonetas y un leve ruido sordo de motores que el aire arrastraba hacia allí, y comprendió que la mina se encontraba en pleno trabajo.

Montaron a caballo y, deslizándose por una pina rampa, descendieron al llano, dirigiéndose en línea recta hacia el emplazamiento de la mina.

Ésta abría su negra boca casi junto al enorme talud que cerraba el pequeño valle por el Norte. No lejos de la entrada se levantaban varios cobertizos y tinglados de madera destinados al motor de la grúa la máquina de triturar la ganga, el depósito de herramientas y la cabina del jefe de la explotación.

Varias casitas toscas de madera emplazadas más a la derecha debían estar destinadas a los obreros de la mina, ya que el poblado se hallaba bastante lejos de allí.

Las vagonetas, cargadas de tierra, surgían del interior, y por unos estrechos carriles iban a parar a un vertedero en el que se acumulaba la ganga para después pasar al molino que debía separarla del polvo o cuarzo amarillo.

Cuando los tres jinetes avanzaban a paso lento hacia los cobertizos, de uno de ellos surgió un hombretón casi tan alto y

fuerte como Nino. Vestía una camisa de franela a cuadros, unos pantalones azules oprimidos de rodilla para abajo por unas altas botas, y cubría su cabeza con un amplio sombrero. Entre sus fieros dientes oprimía una pipa, y al costado lucía un imponente "Colt".

Nino llevó prudentemente la mano al suyo, y Texas avanzó hacia el individuo.

—Buenos días, señor—dijo—. ¿Me hace el favor de decirme si pertenece usted a la explotación de esta mina?

El individuo le midió con la mirada, y repuso:

—Me temo que sí.

—Yo, no—Fué la tajante respuesta de Texas—. ¿Puedo saber quién asume la responsabilidad de la mina?

—¿Puedo yo saber con quién tengo el gusto de hablar?

—Naturalmente, y espero que, a cambio, yo posea el mismo gusto. Me llamo Jim Texas.

—Muy bien. Yo me llamo Dan Bryant. ¿Tiene algo más que añadir?

—Si es usted quien asume la responsabilidad de la explotación, tengo mucho que hablar con usted.

—¡Ah, bien! Yo soy el ingeniero director, y hay un jefe de obreros que se llama Lansky Johnson. Creo que entre los dos nos bastamos y nos sobramos para el caso. Ahora usted dirá qué desea de nosotros.

—Pues, simplemente, mostrarles los documentos acreditativos de que esta mina pertenece a esa señorita que me acompaña, y advertirles que la explotación ilegal que de ella hacen hasta ahora los herederos del señor Spack ha cesado.

—Bien. ¿Y a mí qué diablos me cuenta usted con eso? Yo estoy aquí contratado por el señor Spack, y mientras él, o quien legalmente le represente, no venga a relevarme del cargo, o a decirme que la mina ha pasado a mejores manos, no tengo por qué tomar en «cuenta sus manifestaciones» Ese es un pleito que en nada me afecta.

Hablaba con voz dura, y Texas comprendió bien pronto que el tono con que debía hablársele tendría que ser muy otro.

Con el mismo acento incisivo repuso:

—Sospecho que ha tomado usted muy a la ligera mis advertencias. Le digo que traigo la documentación que acredita que

la señorita Stella, sobrina del difunto señor Spack, es la única propietaria de la mina, por pertenecer a su padre y haber estado en depósito en manos de su tío; traigo una declaración firmada por la hija de Spack reconociendo que la mina es de su prima Stella y devolviéndosela, y traigo un revólver del 45 como argumento decisivo para convencer de que es cierto cuanto digo, si hay alguien que lo ponga en duda.

El ingeniero se echó hacia atrás, llevando la mano al cinto, pero la voz de Nino a su espalda le contuvo:

—¡Cuidado, manito, que se puede hacer daño o así en los riñones! Parle lo que guste, pero no haga juegos de manos, ¡maldita sea Jalisco!, o los haremos todos.



Dan se contuvo, pero replicó:

—Le digo que ese es un pleito que no me atañe. Usted lo discute con el propietario, y cuando éste…

—No se canse, que ya me lo ha dicho. El propietario es la señorita, y trato en su nombre. Haga el favor de decir escuetamente si acata a dicha señorita como propietaria, o no.

—¡Yo, no!… Ni la conozco ni sé quién es.

—Pero conocerá usted al señor Zenker y a la señorita Vera…

—¡Claro que les conozco!

—Me lo sospecho. Pertenecen ustedes a la misma camada. Pues

bien, ahora le falta a usted conocerme a mí, y ya me tiene delante. En vista de las facilidades que me otorga, le doy cinco minutos para que recoja sus efectos y se largue de aquí; bien entendido, que si pasado ese tiempo le vuelvo a ver por aquí, le arrojaré de otra manera menos diplomática.

El ingeniero, sin replicar palabra, se dirigió a su cabina, y Jim, creyendo que rehuía prudentemente la pelea, esperó.

Pero inmediatamente vibró el áspero tañido de una campana, y Texas dio un salto, diciendo:

—¡Cuidado, Nino! ¡Este coyote está llamando en su auxilio a los obreros! Ponte a la boca de la mina y no dejes salir a nadie hasta que yo te ayude. Voy a decir dos palabras a ese sapo.

Decidido avanzó hacia la cabina, pero, de súbito, vibró una detonación, y un proyectil pasó silbando por encima de la cabeza de Texas.

Éste obligó a "Huracán" a encabritarse, y furiosamente disparó contra la cabina, entablándose entre ambos un furioso tiroteo.

Jim giraba en torno al tinglado de madera buscando la forma de colocar un proyectil por entre las junturas sin conseguirlo, y, mientras, un clamor de rabia brotó de la boca de la mina al surgir de ésta varios rostros ennegrecidos que se encontraron frente al revólver del mejicano.

—¡Un momento, manitos, que habrá para todos, creo yo!… Primero vamos a esperar que termine ese festejo.

Alguien hizo intención de desobedecer la orden de Nino y avanzó osadamente. El mejicano disparó, clavando la bala a sus pies.

—Un paso más, repringao, y ¡maldita sea Sonora si no te dejo más seco que un cactos! ¡Atrás he dicho, repinto!

Los obreros se detuvieron ante la fiereza de Nino, y éste esperó, flemático, mientras los disparos de Texas y Dan retumbaban en el pequeño valle.

Por fin, el ingeniero cesó de disparar y, sacando una mano por la pequeña ventana mostrando un pañuelo blanco, gritó:

—No dispare más… Creo que será preferible que me vaya.

—Bien; salga con las manos en alto.

Dan obedeció. Estaba rojo y furioso. En la frente presentaba la rozadura de una bala y la pipa rechinaba entre sus fieros dientes.

Texas avanzó hacia él, registrándole. Se apropió del revólver, observando que estaba vacío.

—Le cogí sin balas de repuesto, ¿eh? Por eso se ha mostrado usted tan razonable. Bien; ahora hablaremos…

Echó un vistazo a Nino, que seguía conteniendo a los obreros, y, encarándose con Stella, dijo:

—¿Quiere usted tomar su revólver y vigilar a este sapo? Al menor movimiento dudoso que haga, dispare sobre él. No olvide que todo lo que nos rodea es un peligro.

La muchacha, venciendo sus nervios, sacó el revólver y se colocó de manera que enfocase por la espalda al ingeniero, quien, dominado por la curiosidad, se quedó frente a la boca de la mina.

Texas se acercó a ésta, ordenando:

—Id saliendo uno a uno. Tengo que hablar con vosotros.

Conforme iban saliendo les registraba. No debían estar preparados para una sorpresa, porque ninguno llevaba armas encima.

El personal lo componían veinticuatro hombres, y, cuando todos se hallaron en el llano, Texas preguntó:

—¿Quién de vosotros es Lansky Johnson?

Un individuo barbudo, de unos cuarenta y ocho años, grueso y fuerte como un roble, se adelantó, diciendo:

—¡Yo soy Lansky! ¿Qué diablos sucede para armar todo este tinglado?

—Un momento, capataz. Vengo a tomar posesión de la mina en nombre de su única dueña. Traigo la documentación que así lo acredita, pero el ingeniero no ha querido ni examinarla. Como estoy decidido a tomar posesión de ella con aprobación o sin ella de ustedes, deseo saber cuál es su actitud.

El capataz dudó un momento, y luego dijo:

—¿Acaso no es el señor Spack su legítimo propietario?

—No. Era el administrador en nombre de su sobrina, aquí presente. La mina es de su padre, y la reclama. Traigo todos los documentos que lo acreditan. Ahora, si alguien no está conforme en servirla, que lo diga, y queda en libertad de marcharse.

El capataz, que no parecía tonto, dijo:

—¿Hay inconveniente en que nos enseñe esos papeles?… Yo no puedo creer al primero que me dice una cosa.

—Es muy justo. Véalos, si así le place.

Sacó la cartera y le mostró toda la documentación. El capataz se rascó la cabeza, y luego agregó:

—Creo que todo esto está en regla, forastero; pero, ¿y el consentimiento de las autoridades? Usted debe comprender que poseo una responsabilidad, y que no puedo cambiarla sin toda clase de garantías.

—¿Qué más garantías? Esto está registrado en San Francisco, que es donde se tramitan tales asuntos, y no necesito de más avales para que su dueña se posesione de su propiedad. ¿No está claro?

—¡Pues sí! Escuche. Yo, al fin y al cabo, sólo soy un encargado de obreros, y mi misión es vigilar que trabajen, dándome igual que me pague uno que otro. Si usted se hace responsable de cualquier reclamación, yo no tengo inconveniente en seguir en mi cargo, respetando mi sueldo.

—En eso no hay inconveniente, y si ustedes se portan bien, quizá ganen más que ganan.

—Por mí, aceptado. Y vosotros, muchachos, ¿qué decís?

Se consultaron entre sí, y por fin decidieron.

—Si usted se queda—dijo uno—, nosotros también.

—Pues no hay más que hablar; pero, ¿y el ingeniero? Nos hace falta el técnico.

—El ingeniero, por lo visto, no piensa lo mismo—dijo Texas—; pero yo asumo su trabajo hasta que traiga quien se haga cargo de él. Además de haber sido capitán, soy técnico en mineralogía. Me llamo Jim Texas, por si alguien sabe algo de mí o necesita saberlo, y advierto a todos que soy leal con los leales y duro con los traidores. ¿Hay alguien que tenga que advertir algo?

Nadie replicó, pero el ingeniero, adelantándose, dijo:

—Vosotros podéis hacer lo que gustéis, porque vuestra responsabilidad no es ninguna. Yo soy el ingeniero y me contrató el señor Spack. Solamente cuando él o un miembro de su familia me diga que debo cambiar de jefe, lo haré.

—Conformes—dijo Texas—. Le di cinco minutos para marchar y los desdeñó, disparando sobre mí. Ahora le voy a echar de aquí, pero de una manera más contundente. Prepárese, que le voy a administrar una buena paliza, para que se lleve un gran recuerdo de nuestro conocimiento.

Dan se puso lívido, y, avanzando dos pasos, gritó:

—Espero que eso no lo habrá dicho en serio.

—¿Le he dado algún motivo para suponer que soy un charlatán de feria? Prepárese, si no quiere que se la de sin esperar a que se defienda.

—Bien… dijo Dan—. Espero que cuando terminemos no piense usted lo mismo. Por mi parte estoy preparado.

Texas se despojó de la chaqueta, que entregó a Stella.

Ésta se mordió los labios exangües por la emoción y le miró de un modo suplicante; pero Jim, sin hacerla caso, abrió las piernas, las asentó firmemente en la tierra y gritó:

—Adelante, señor oso; le espero.

Nino, sin cuidarse de admirar la pelea, se puso en guardia, y con el revólver amartillado vigilaba a los obreros, temeroso de que pudiese surgir alguna traición.

Dan, rabioso al observar que no había impresionado a su enemigo con la amenaza, tanteó la guardia de éste y se lanzó a fondo. Poseía dos formidables puños y una fuerza poco común, y confiaba en dominar a su adversario con su fiera humanidad.

Pero Jim era un hombre elástico y ágil, difícil de sorprender. Todos los esfuerzos del ingeniero se estrellaban en su movilidad y dominio de aquella clase de lucha.

Dan se enfurecía a medida que Texas le obligaba a cansarse tratando de deshacerle el rostro de un golpe eficaz, y Jim, sereno y calmoso, se reservaba para cuando su enemigo, quebrantado por el esfuerzo, no constituyese un serio peligro para él.

Esta táctica le valió recibir algún golpe de refilón que no pudo evitar, pero sus ágiles movimientos evitaron que los duros golpes de Dan le causasen quebranto alguno.

El ingeniero jadeaba como una res después de una loca carrera, y se preguntaba qué sabría hacer aquel individuo además de defenderse, pues no le había visto amagarle en serio para hacerse una idea aproximada de su táctica agresiva.

Pero cuando tuvo ocasión de empegar a comprobarla lo hizo con fiero dolor. El primer puñetazo lanzado por Jim a la cara de su rival le alcanzó en el ojo derecho, y Dan creyó que se había hundido sobre él medio talud, pues el dolor fue como un cuchillo clavándosele hasta la medula.

Rabioso, con el ojo morado y a medio cerrar, se lanzó en tromba sobre su enemigo, pretendiendo arrollarle con una serie de puñetazos alocados que Jim esquivó hábilmente, y cuando éste salía de aquel torbellino flexionó su brazo derecho y lo dejó caer sobre el corazón del ingeniero, el cual, creyendo que se le iba la respiración para siempre, se envaró con la boca abierta, tratando de aspirar un aire que se negaba a entrar en sus pulmones.

Texas, rápido como un relámpago, aprovechó aquel momento angustioso de su rival y le colocó el puño en el mentón. Dan, cogido con la boca abierta, la cerró de golpe dolorosamente; sus sienes le zumbaron como si en su cabeza hubiesen disparado docenas de cañonazos, sintió que la vista le faltaba y como un peñasco desprendido desde las alturas cayó a tierra encogido, quedando en una postura grotesca.

Texas se chupó los nudillos, que habían crujido dolorosamente al administrar tan duro golpe, y exclamó:

—Bien; espero que otra vez no confíe tanto en su humanidad y en sus fuerzas, y no desprecie a enemigos qué, como yo, aparentan menos valor que poseen.

El capataz, que había seguido la lucha ávidamente, hizo una mueca rara con los labios al ver caer al ingeniero, pero, suavizándola, exclamó:

—¡Por Judas! ¿Qué tiene usted en las manos, que hacen tanto daño? Yo me he peleado algunas veces con Dan, y tuve que dejarle por imposible.

—Espero que no creerá que le he dado con una piedra… Todo consiste en saber dar en lugar seguro.

Texas recogió el cuerpo del caído, preguntando:

—¿Tiene algún caballo este tipo?

—Sí. Ahí detrás de la cabina debe estar.

Lo buscó y, acercándole al caído, le atravesó sobre la silla. Luego, sacudió los flancos del caballo con una rama, y el animal emprendió un trote ligero por la senda con dirección al poblado.

—Bueno, señores…—dijo Texas—. Este espectáculo se ha terminado. Lansky, haga reanudar el trabajo, y luego venga conmigo a la cabina de Dan; tengo que hablar con usted.

El capataz empujó a los obreros hacia el interior para que siguiesen en su labor, y mientras se ocupaba de esto, Nino se acercó

a Texas, advirtiendo:

—Bueno, manito, espero que no te confíes mucho de ese sapo. No me gusta su cara, creo yo.

CAPÍTULO VI

La traición

EL cuerpo de Dan el ingeniero llegó al poblado atravesado sobre la silla, siendo recogido por uno de los ayudantes del *sheriff*, el cual se apresuró a trasladarlo a las oficinas para dar cuenta a "papá Yore" del hallazgo.

Yore se desató en maldiciones sobre aquellos terribles forasteros, tan duros como el pedernal, que habían sabido burlar con gracia las varias emboscadas que ya les habían sido tendidas, y, como nada pudiera hacer por el ingeniero, decidió dar cuenta del hecho a quien movía sus acciones y pedir órdenes para actuar.

Casi a la salida del pueblo, en una casita blanca y alegre rodeada por una alta tapia, hallábanse cobijados Spack, Zenker y Vera. Los tres habían llegado al poblado con muchas horas de anticipación a sus enemigos, y los tres, temerosos de que sus planes no se desarrollasen todo lo felizmente que se las prometían, habían decidido no darse a ver hasta el momento seguro, dejando en manos de sus secuaces la puesta en práctica de sus proyectos.

El de detener a Texas y Nino a su entrada en el pueblo les falló lamentablemente, debido a la poca energía de los dos ayudantes del *sheriff*, y más tarde creyeron que saldrían airosos sitiando en el

hotel a los tres aventureros, pero no habían contado con la astucia de Texas, y de nuevo fracasaron ruidosamente.

Pero todo aquello era accidental. No contaban con dar la batalla decisiva en el poblado, sino en las minas y para organizarla había estado ya Zenker allí, entrevistándose con Dan y Lansky para prepararles una buena encerrona.

Dan, fiando en su fuerza, había desdeñado las sutilezas del astuto secretario. Se creía bastar para hacer frente a ambos enemigos, y desobedeciendo las instrucciones terminantes de Zenker, que les había ordenado fingir someterse a la autoridad de Texas, hizo cara a éste, con el resultado desgraciado del que él, en primer término, había tocado las lamentables consecuencias.

En cambio, Lansky, más sagaz, viendo la cosa poco clara, decidió seguir las instrucciones recibidas y fingió ponerse al lado de Texas, aunque, en realidad, lo que hacía era seguir fielmente los planes del secretario para tender una buena trampa a los forasteros y cazarles dentro de la mina, de la que no debían salir jamás una vez que penetraran en ella.

Cuando el *sheriff* se presentó en la casita a dar cuenta de la llegada del ingeniero en semejante estado, Zenker rechinó los dientes con ira, preguntando:

—Pero, ¿de qué clase de barro están forjados los hombres aquí, que se dejan vapulear de esa manera por un tipo que no es precisamente el gigante Goliat?

Vera, que atormentada por ciertos recuerdos y ciertos pensamientos odiaba cada vez más a Zenker, exclamó, incisiva:

—Zenker, no juzgue cosa liviana a Texas, cuando se trata de enjuiciar la labor de los demás. Usted se olvida de su propia actuación frente a él.

El secretario rechinó los dientes, diciendo:

—No es lo mismo, señorita Spack. Yo no soy un pistolero profesional, ni siquiera he presumido de un valor suicida, sino de astucia, A pesar de todo, yo me he enfrentado con Texas en malas condiciones, y hasta cierta vez le tuve preso en mis manos. El diablo, que le protege, le ayudó a salvarse.

—Bien—dijo el financiero—; dejemos el ayer, para ocuparnos de hoy. Lo que le ha sucedido a ese presumido de Dan le está bien empleado por no ajustarse a nuestras órdenes. Ha recibido el

premio a su tontería, y, lo que es peor, ha agravado las cosas, porque a estas horas no sabemos lo que habrá sucedido en la mina. Texas habrá sospechado de que la gente está ya avisada, y va a resultar muy difícil sorprenderle.

—No sé nada de lo que ha sucedido allí—confesó el *sheriff*—, pero enviaré un hombre que eche una ojeada.

—Es conveniente—dijo Vera—; interesa saber si los demás han seguido nuestras instrucciones al pie de la letra.

—¿Qué otros planes tienen ustedes para el caso de que ésos puedan fallar?

—¡No es posible que fallen! —aseguró, rabioso, Zenker—. Hay treinta hombres en la mina.

—¿Cuántos ha lanzado usted ya tras él, y todos han fracasado? —preguntó Vera, que parecía no perdonar ocasión alguna de molestar al secretario.

—Bien, es cierto, pero nunca le acosaron tantos juntos, y encerrado en un recinto donde no hay posibilidades de escapar.

—Primero cuente usted que se aventure a entrar. Después puede que sea la cosa fácil.

Spack intervino para decir:

—Nunca por mucho trigo fue mal año… No estaría de más reunir un buen puñado de hombres duros y rondar por los alrededores, para, en caso preciso, ayudar a los mineros. Creo que con esas precauciones sería imposible que esta vez se burlasen de nosotros.

Zenker, arrogante, intervino:

—Bien, *sheriff*, reúname una docena de tipos duros y póngalos a mis órdenes. Seré yo quien se haga cargo de esta misión.

Vera iba a decirle una inconveniencia, pero se contuvo. No quería prejuzgar las cosas, por si en algún momento Zenker acertaba y se creía con derecho a devolverle sus dardos.

El *sheriff* aseguró que podía reclutar los hombres pedidos, y Zenker se dispuso a salir con él.

—¿Qué hago con el ingeniero? preguntó Yore.

—Déjele que se recobre, y cuando esté en condiciones envíemelo — dijo Spack—. Yo hablaré con él.

Zenker, entre tanto, preparó sus armas y su caballo y salió con el *sheriff*. Dos horas más tarde se encontraba al frente de doce tipos

patibularios, pistoleros de profesión, con los que creía estar seguro de alcanzar una completa victoria.

* * *

Mientras esto sucedía en la casita del poblado, Texas se reunía en la cabina del ingeniero con el capataz de la mina, y Nino, fuera, vigilaba hoscamente, dispuesto a emprenderla a tiros con el primero que hubiese tenido la osadía de acercarse al pabellón.

Texas, sentado ante la burda mesa de Dan, examinaba de reojo a Lansky mientras hablaba, y algo interior le advertía que debía tener mucho cuidado con aquel tipo, cuyo rostro no acababa de satisfacerle.

—Dígame algo de la mina—preguntó Texas.

—Pegúnteme lo que quiera y le contestaré—repuso cautamente el capataz.

—¿Tiene mucho fondo?

—Sí. Estamos empezando un cuarto piso. La ganga toma una dirección muy extraña, y hay que seguirla lo mejor posible.

—¿Cuál es el rendimiento?

—Unos veinte dólares por tonelada.

—¿Cuantas se extraen por día?

—Pues… no lo sé ciertamente. Bastantes.

—¿Qué se hace con el oro extraído?

—Cada quince días se hace un envío por diligencia al banco de Nevada City. Allí creo que hacen la transferencia a Wáshington.

—¿Cuánto tiempo hace que no viene por aquí el señor Spack, o su secretario el señor Zenker?

—Mucho. Para la mina tienen un administrador especial que nos fue presentado. Cuatro o cinco veces al año viene de visita, toma cuentas, cambia impresiones con Dan e incluso se lleva el oro que hay, previo recibo.

—¿No han venido por aquí estos días la señorita Vera, Spack y Zenker?

—A ella no la conozco. Zenker lleva mucho tiempo sin venir.

—¿En qué condiciones está la mina?

—Pues… bastante mal… Antes se preocupaban de su consistencia, pero desde hace una temporada el andamiaje se pudre

y el agua supone un grave peligro.

—¿Hay algún arroyo cercano?

—Sí, Pasa uno por el Norte, que debe ser profundo y cala mucho. Está por donde concluye la segunda galería y por él tuvimos que desviar las calas.

—Bien, ya lo veremos… ¿Hay pozos de ventilación?

Lansky titubeó un momento, cosa que fue captada por Texas; luego, añadió:

—Precisamente tubos de ventilación, no. Hay un pequeño respiradero en el segundo piso, que se abrió al picar en el borde del talud. Da a una sima muy profunda.

—Examinaremos todo eso. ¿Cobran ustedes a tiempo?

—Sí. Dan nos pagaba puntualmente.

—¿Dónde guarda el oro extraído?

Lansky se encogió de hombros, diciendo:

—Lo ignoro. Cuando el polvo es separado de la ganga, lo metía en saquetes y él se preocupaba de guardarlo. Siempre dijo que era preferible que solo lo supiesen él y el patrón, para evitar conflictos. Esto a veces es un poco peligroso.

Bien; creo que no hay más que hablar. Puede usted bajar con sus hombres, y esta tarde bajaré yo a la mina. Mientras, voy a tomar posesión del trabajo de Dan y a examinar sus papeles. También echaré un vistazo al molino, a la trituradora y a los bocartes. Quiero convencerme de que toda la maquinaria está bien.

Lansky, satisfecho, al parecer, de la entrevista, abandonó la cabina y se perdió en la negrura de su boca. Fuera sólo quedaban los obreros destinados a la grúa, el molino y las trituradoras.

De vez en vez surgía de la bocamina una vagoneta transportando el cuarzo, que era volcado, en el molino. La vagoneta volvía a desaparecer en la negrura del agujero, para esperar el cangilón del elevador y ser llamada de nuevo.

Stella lo examinaba todo con atención profunda. Aquello era nuevo para ella y no tenía la menor noción de lo que era una mina.

—¿Qué opinión ha sacado usted de todo esto? —preguntó a Texas.

—Ninguna buena, señorita Stella. Sospecho que esto es un paréntesis y que nos preparan alguna jugada.

—¿Por qué? A ellos ¿qué más les da cobrar de un dueño que de

otro?

—Lo ignoro, pero así es. Quizá estén dominados por Zenker y teman represalias. El caso es que no me fío ni de mi sombra.

—¿Y piensa usted bajar a la mina?

—No tengo más remedio. Quiero darme una idea de lo que hay allá abajo y cómo marcha la extracción. Puede hundirse por abandono, y sería terrible volver a empezar.

—Pero si corre usted peligro…

—También aquí lo corrernos. Estamos sobre un barril de pólvora, y lo que interesa es vigilar que nadie le aplique la mecha. Mientras ésta no llegue a la pólvora, estamos relativamente seguros.

Sonó la campana anunciando la hora de la comida, y Texas, acometido de una idea súbita, llamó a Nino.

—Escucha—dijo—: voy a echar un vistazo allá abajo mientras esta gente come. Si a la hora de terminar no he subido, detenles y no les dejes bajar. Será la forma de evitarme alguna sorpresa desagradable.

—Bueno va, manito. Baja tranquilo, creo yo, pues si alguno de esos pringaos intentara bajar detrás de ti, me parece a mí que lo haría de cabeza para llegar antes.

Stella, decidida, suplicó:

—Déjeme bajar con usted, Texas. Quiero ver ese mundo desconocido que significa una fortuna.

Texas dudó un momento, pero luego aceptó. Teniéndola cerca, se consideraba más tranquilo, y, en caso de suceder algo, Nino podría moverse con más desembarazo sin tener que preocuparse de la defensa de ella.

—Bien—replicó—. Vamos. No creo que encuentre usted esto muy agradable, pero sí curioso.

Tomó un par de lámparas, encendiéndolas. Lansky, al observar la maniobra, se acercó a él, diciendo:

—¿Piensa usted bajar?

—Sí.

—¿Por qué no espera a que concluyan de comer los muchachos? Ellos pueden explicarle…

—No se moleste. Entiendo lo suficiente para hacerme cargo de todo. Pueden ustedes comer tranquilos, pues hasta que yo no regrese no será reanudado el trabajo.

El capataz hizo un gesto evasivo con los hombros y se alejó mirando de reojo a Nino.

Este captó la mirada, y masculló:

—A este sapo, ¡maldita sea Sonora!, le voy a tener que aplastar la cola o así, como no me agraden sus movimientos. Me está dando al corazón que es un maldito pringao, y le voy a estropear la “sincrasia” de un tirito en el coco.

Se sentó sobre una piedra ante la boca de la mina, teniendo entre las manos sus dos imponentes “Colt” y el remanente de municiones, y con la pipa entre los dientes sé dispuso a vigilar los movimientos de los mineros.

Texas entregó una de las lámparas a la joven, diciendo:

—Sígame, y cuide de no resbalar por las rampas. En algunos lugares las filtraciones de agua son persistentes, y resulta peligroso descender.

Se deslizaron por una galería amplia, en la que penetraban unos raíles destinados a las vagonetas. A un lado, un enorme pozo se hundía vertical en la tierra, y en el hueco pendía el cable del gran cangilón que expulsaba la ganga al exterior.

Unas veces en línea recta, otras girando de modo sensible, otras desviándose bruscamente, la rampa descendía hacia las entrañas del talud, y Stella sentía una sensación extraña en los pulmones al respirar aquel aire fétido y húmedo, con raras calorías, que llegaba hasta ella.

Texas levantaba la lámpara examinando el entibado, que, como Lansky había advertido, en varios sitios era muy deficiente.

Algunos maderos podridos por la humedad se habían quebrado, otros aparecían desprendidos de sus alvéolos, y Texas, no muy a gusto, comentaba:

—Sin duda su tío presentía que un día, más o menos tarde, tendría que devolverle la mina, y no se ha molestado en gastar un solo dólar en consolidarla. Un poco tiempo así, y en cualquier momento se hundirá parte del maderamen.

—¡Pero esto es inicuo! ¿Y la vida de estos pobres hombres?

—¿Qué le importaba a él una vida más o menos, si no arriesgaba la suya? La cuestión era sacar todo el oro posible y gastar cuanto menos mejor.

Ambón Seguían descendiendo. La rampa era espaciosa aunque

muy pina. En algunos sitios la pared aparecía con socavones transversales. Se observaba que se había pretendido abrir galerías siguiendo la veta de cuarzo, pero se había abandonado la perforación al observar que se diluía a poco de ahondar en la pared.

Alcanzaron el primer rellano: un ancho espacio no mal apuntalado que recibía una carga de tierra fantástica. Allí habían cuidado el entibado para evitar un pleno derrumbamiento.

Alcanzaron la galería segunda. Texas no hacía más que levantar la lámpara y tenerla quieta en el vacío, y Stella, intrigada, preguntó:

—¿Qué hace usted?

—Busco el respiradero. Me han asegurado que hay uno pequeño, pero la lámpara no oscila. Sería muy interesante localizarle.

—¿Por qué?

—Porque en cualquier caso de peligro podría facilitar la salida, aun teniendo que agrandarle. Herramientas para hacerlo no faltan.

Luego siguieron por un lugar donde la galería era altísima y poseía un andamiaje de madera muy complicado. Allí debió producirse algún desprendimiento de tierra desde el techo, y para evitarlo hubo necesidad de levanta un alto tinglado de madera que permitiese contener la tierra a una buena altura.

Lo atestiguaban las escaleras de mano apoyadas en el maderamen, las cuales permitían ascender al entramado para repasar los tablones.

Examinaba Texas aquella obra maestra de la arquitectura minera, cuando se envaró, quedando rígido y con el oído atento. Levemente miró a Stella, observando que ésta había sentido la misma reacción.

—¿Ha oído usted? —preguntó Stella, alarmada.

—Sí. Me han parecido dos disparos. Oiga… ¿Oye?

Lejos, húmedos y sordos, llegaban los rumores de estampidos de armas, y Texas, presintiendo que los mineros hubiesen atacado en masa a Nino, echó a correr por la galería, diciendo:

—Espere, voy a ver qué sucede. No estoy tranquilo, pues, aunque Nino es un bravo, son muchos los enemigos.

Ella no le hizo caso, y, usando de toda su energía, le siguió, haciendo temblar la lámpara en sus manos al correr.

A medida que subían, las detonaciones aumentaban de volumen, y a Texas ya no le cupo duda de que Nino había sido atacado y se

defendía apuradamente.

Con el revólver empuñado corría cuanto la rampa le permitía, seguido trabajosamente por la joven, quien también había empuñado su arma, y a medida que ascendían los disparos eran más retumbantes y secos.

Texas, angustiado, gritó:

—¡Nino!… ¡Nino!…

La voz del mejicano llegó a él, rabiosa:

—¡Arriba, manito, que esta manada de coyotes se ha propuesto acabar con nosotros!

Por fin, Texas alcanzó a Nino cuando éste, inclinado a ras del suelo, retrocedía disparando hacia arriba para contener a los asaltantes.

CAPÍTULO VII

Enterrados en vida

CUANDO Texas, seguido de Stella, desapareció por la boca de la mina, el capataz, tras un momento de vacilación, pareció no dar importancia al hecho y se dedicó a terminar su marmita de comida.

Luego atascó la pipa y se acercó a uno de los mineros pidiendo fuego.

Su contacto fue breve, como si realmente sólo se hubiese limitado a pedir lumbre, pero tuvo tiempo de advertir:

—¡Atención!... ¡Preparad vuestras armas y avisaros sin que se de cuenta! ¡Yo daré la señal del ataque!

El minero a quien había pedido fuego se apartó, y poco más tarde preguntó quién le daba tabaco. Alguien le ofreció su bolsa, y, mientras la tomaba, repitió la orden, y así, unos a otros, con diversos pretextos, se fueron pasando la consigna.

Cuando Lansky estimó que todos estaban preparados, se levantó y, paseando con las manos a la espalda, se fue acercando a Nino, el cual arrugó sus espesas cejas al verle aproximarse y movió de sitio el revólver.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Que la hora de la comida ha transcurrido, y ya es tiempo de empezar la faena.

—Bueno, amigo; dedíquese a tomar el sol o así, que le van a pagar lo mismo. Aquí sólo se hace lo que manda el patroncito Texas, ¿estamos?

Lansky se encogió de hombros y se volvió de espaldas a Nino, pero con rapidez extrajo el revólver que llevaba oculto en el pecho y, girando con premura, trató de disparar cogiendo por sorpresa al mejicano, pero éste, que no perdía un solo movimiento de aquella gente, fue más rápido que él.

Cuando el capataz se volvía con el revólver empuñado buscando el blanco, vibró una detonación y el proyectil le alcanzó en el brazo derecho, obligándole a soltar el arma, al tiempo que emitía un gruñido de dolor.

Pero como si aquel tiro fuese una señal, los mineros se irguieron de sus asientos y más de dos docenas de revólveres salieron a relucir, dirigiéndose contra el mejicano.

Pero ya Nino, que había calculado lo que iba a suceder, de un salto había ganado el interior de la bocamina y los proyectiles se clavaron inútilmente en el lugar donde segundos antes se hallaba sentado.

Mendoza, rabioso, se tumbó en tierra, barriendo la entrada al agujero con constantes disparos, mientras gruñía:

—¡Manada de coyotes o así, maldita sea Sonora!… ¡Cuando yo decía que esta carroña merecía que le machacasen la “insincrasia” a tiros, no andaba descaminado!… ¡Sapos indecentes, que el infierno os trague! Me voy a hacer un regüelto de hígados negros creo yo con vuestros entresijos, que me voy a estar chupando los dedos hasta que me lleguen al codo… ¡Maldita sea Jalisco!

Pero, a pesar de su preocupación en maldecir, no perdía de vista la boca de la mina y disparaba rabioso cuando se bocetaba sobre el vano alguna sombra proyectada por el sol, evitando así que irrumpiesen en el estrecho túnel y pudiesen acribillarle a balazos.

Pero aquella táctica defensiva no servía para eliminar a sus enemigos. Los disparos se cruzaban inútilmente, y todo lo que podía conseguir con aquello era retrasar el asalto hasta que Texas, al oír los disparos, acudiese en su ayuda.

Pero los mineros, colocándose en el borde de la boca,

introducían al albur la mano, disparando hacia dentro, y aunque Nino había conseguido clavar algún tiro en aquellos brazos fantasmas que aparecían y desaparecían sólo para disparar, por dos veces las balas le habían rozado peligrosamente, y estaba ponderando que el lugar no era muy seguro.

Sin perder de vista la bocamina, retrocedió arrastrándose y disparando, hasta encontrar un recodo, en el que se acomodó, protegiéndose en parte de las balas enemigas, que cada vez silbaban con más encono.

Alguien consiguió adoptar su misma táctica de arrastrarse a flor de tierra para alcanzar la entrada, y así llegó un momento en que se situaron de forma que podían batir la galería de frente.

Entonces Nino se levantó y a toda prisa retrocedió buscando una posición más protegida, pero, al hacerlo, la obscuridad le impidió ver el camino y tuvo que andar tanteando las paredes para no hundirse en el pozo central.

Al fulgor de los disparos conseguía descubrir algo el camino y seguía retrocediendo. Sin la ayuda de Texas, estaba seguro de que no podría contener un ataque en masa, aunque lograse tumbar a unos cuantos asaltantes.

Un pequeño socavón que encontró en la pared le sirvió para contener por un momento el ataque, pero hasta allí llegaban las balas rozando la pared, y como el socavón era más estrecho que su cuerpo, se temía que de un momento a otro le asaeteasen a balazos.

De un salto elástico salvó la distancia y volvió a enfocar otro recodo, retrocediendo sin dejar de disparar, y así, cuando había descendido un buen trecho, captó la voz de Texas que preguntaba qué estaba pasando.

Nino respiró. Con la ayuda de su patrón estaba seguro de poder detener a aquellos traidores, y disparaba con más rabia, esperando que Jim se le uniese.

Cuando, por fin, Texas llegó hasta él, Nino gruñó:

—¡Bueno va, manito! Creí que te habías hundido en las malditas entrañas de este pozo, ¡maldita sea Sonora!

La luz de las lámparas iluminaba la galería. Texas apagó rápidamente una, y gritó a stella:

—¡Rápida! Escóndase en un socavón de esos y meta con usted la lámpara. Deje que el reflejo salga fuera, pero no se de a ver, que

aquí ronda la muerte.

La joven obedeció, y, apenas se había ocultado, cuando una lluvia de balas barrió la galería inútilmente.

Texas y Nino, protegidos ahora por un hueco de los varios descubiertos en la galería, disparaban buscando los resplandores de los fogonazos enemigos, y como lo hacían protegidos por la pared y con calma, varios alaridos de furor les advirtieron que estaban empezando a hacer víctimas.

—¡Esto va bueno, manito! He gastado más pólvora que en la guerra, y ¡aún no había rajao a un pringao de estos, maldita sea su figura!… ¡Cuando yo te decía que no te fiaras de esos sapos!…

—¿Me he fiado, acaso? ¿Para qué te dejé arriba?

—¡Oh, sí! Eres muy generoso, ¡repinto! ¡Lo mismo me podías haber dejado colgado de un árbol!

Los mineros, rabiosos por haber fallado la sorpresa, seguían disparando con saña, buscando a los dos aventureros; pero estos, bien resguardados, sentían silbar las balas en torno a ellos sin que lograsen alcanzarles.

El resplandor de la lámpara continuaba proyectándose sobre la rampa como un punto de mira para disparar, cosa que no preocupaba a Texas. Éste quería ver si lograba filtrarse alguno al amparo de la obscuridad, y por ello permitía que la luz siguiese orientando a sus enemigos. Éstos, viendo que nada conseguían, cesaron en sus disparos y pareció establecerse una tregua entre ambos bandos.

—Se han cansao de gastar pólvora los muy pringaos comentó Nino.

—Quizá están estudiando otro medio de ataque. No me gusta este lugar.

—¡Oh, caray! Pues díselo, para que te dejen buscar uno más cómodo…

—¿Por qué no sales tú y se lo suplicas?

—¡Oh! Pues… creo yo que a lo mejor salgo y se lo digo de un modo que alguno no va a poder contestarme.

—Tú te estarás ahí quieto por la cuenta que le tiene a tu pellejo.

—Pero algo tenemos que hacer, manito. Así no podemos continuar.

—Claro que no, y lo estoy estudiando.

Pero a Texas no se le ocurría nada para burlar la vigilancia de aquellos rufianes. Aunque parecían no dar señales de vida, debían estar atentos a cualquier intento de ataque o fuga, y temía, sobre todo, por la vida de Stella.

Se pasó un buen rato y Texas, que se había aventurado a asomar la cabeza tumbándose sobre la rampa, retrocedió vivamente, ahogando una maldición.

—¿Qué sucede, manito? —preguntó Nino, intrigado.

—¡Han fabricado un barreno y le han aplicado la mecha para hacer volar la galería!

—¡Repinto! rugió el mejicano— ¡Eso no puede ser!

Hizo intención de salir a apagar la mecha pero Texas le detuvo diciendo:

—¡No hagas disparates!… Estarán atentos a ella, y en cuanto te arrimes te freirán a tiros.

—Pero…

—Escucha. El barreno les tiene que haber obligado a retirarse para no sufrir las consecuencias. Vamos a aprovechar el momento para huir hacia abajo. No creo que la explosión sea tan grande que alcance a mucha distancia.

—Pero nos dejarán enterrados.

—No creo. Pasada la explosión, intentarán averiguar si nos ha alcanzado. Voy a salir para llevarme a Stella hacia las galerías bajas. Estate atento, y, si no me descubren, sígueme pasado un par de minutos.

Se deslizó pegado a la pared, alcanzando el socavón donde Stella, pálida y azorada, se consumía al encontrarse sola y sin la presencia de Jim.

Éste la tomó por un brazo y quedamente murmuró:

—De prisa. Vamos para abajo. Deje ahí la lámpara y no haga ruido alguno. Tenemos que alcanzar el primer recodo para considerarnos a salvo.

La muchacha, aterrada, pues adivinaba que algún nuevo y terrible peligro les estaba amenazando, obedeció, y del brazo de Jim se deslizó rampa abajo, muy pegada a la pared para hurtar el cuerpo a cualquier inopinada agresión.

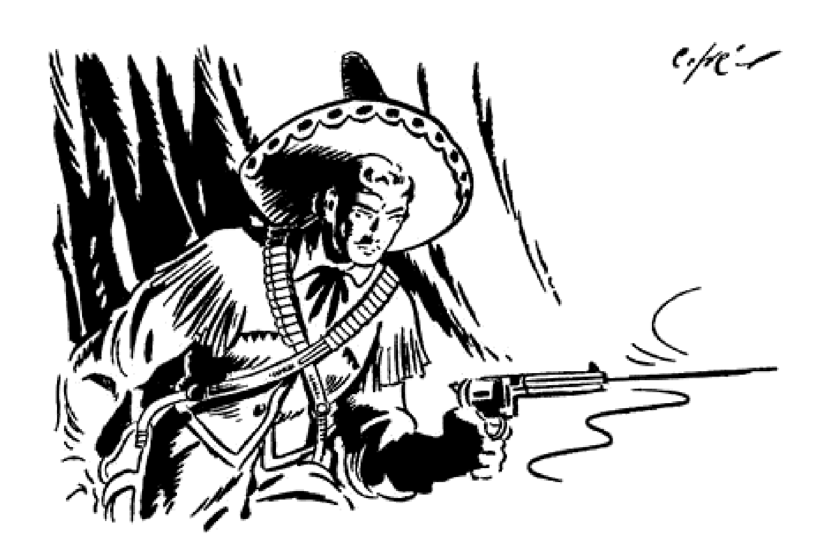
Por fin doblaron un recodo. Texas, que conservaba la otra lámpara, avanzó aún más, y cuando consideró que no podían ser

vistos se detuvo un momento para encenderla.

Nino les alcanzó en plena operación, y Texas, angustiado, preguntó:

—¿Sin novedad?

—Ninguna. Han debido retirarse muy atrás. Vamos, manito, que no quiero servir de tortilla o así a esos coyotes.



Ahora corrían rampa abajo, poniendo cada vez más distancia entre el barreno y sus personas, basta que, al llegar al piso inmediato, Texas se detuvo frente al enorme tinglado de madera que servía para sostener en aquel lugar el alto techo de la mina.

Acometido de una idea súbita, dijo:

—Stella, haga el favor de subir por esa escalera de mano. ¡Pronto!

La muchacha, cada vez más asustada, obedeció, trepando, ligeramente. Luego fue Nino quien ascendió, y por último Texas, alcanzando los primeros travesaños del tinglado.

Jim tomó la escalera con sus férreas manos y la izó tras él, cortando así toda comunicación con la parte baja.

Escondió la escalera entre los maderos y, pasando por los travesaños, obligó a sus compañeros a que le siguiesen.

Así, aprovechando los palos transversales, alcanzó una mayor altura, hasta situarse en lo que se podía considerar como un

segundo piso de aquel enmarañado armatoste de madera.

—Bien—dijo—; aquí no estaremos muy a gusto, pero sí bastante seguros. Todo depende…

Una sorda detonación estalló en la parte alta de la mina. El tinglado de madera retembló como si amenazase desplomarse, y hasta algunos fragmentos del techo de la alta galería, reblandecidos y poco seguros, se desprendieron, angustiándoles, pues ignoraban si todo ello se iba a desplomar en la galería, pero su reducto soportó la explosión y nada más se produjo.

Los tres guardaron un absoluto silencio, esperando nuevas manifestaciones de los mineros, pero después de la explosión no llegó a ellos el más leve rumor que indicase que se habían dado cuenta de su fuga.

—¿Qué va a pasar ahora, manito? —Preguntó Nino—. ¿Nos habrán encerrado en esta negra tumba? ¡Maldita sea Sonora! No me gustaría morirme o así de esta manera tan poco airosa.

—Ni a mí, pero aún no estamos muertos, Nino. Ahora, lo primero que tenemos que hacer es convencernos si ha quedado obstruida la salida de la galería. Esto es muy importante.

—¡Al claro! Como que hay que salir de aquí alguna vez.

—De eso ya hablaremos más adelante. Estate aquí y vigila. Voy a echar un vistazo a la galería.

—Bueno, manito, pero creo yo que debías dejarme a mí eso faena. Yo tengo mejor vista que tú, creo yo.

Texas no le hizo caso y descendió del tinglado, alcanzando el piso. Luego dejó la lámpara en tierra y a tientas avanzó paso a paso por la rampa, hasta acercarse al lugar de la explosión.

Adivinó que llegaba a él por la cantidad de tierra y pedruscos con que iba tropezando, y de vez en vez algunos pequeños terrones se desprendían de lo alto, cayendo sobre él de manera alarmante, pues Texas temía que el techo de la galería, reblandecido por la explosión, pudiese hundirse con estrépito sobre su cabeza.

Pero tenía necesidad de convencerse de que se había roto toda posible comunicación con sus enemigos para poder trazar sus planes futuros.

Por fin, avanzando a tientas entre tierra y cascotes, llegó a un lugar donde tropezó con una verdadera muralla que le impedía el avance. La galería había quedado cerrada y toda comunicación de

momento era imposible.

A pesar de estar convencido de ello, regresó en busca de la lámpara, y, con ella en la mano, pudo asegurarse de la exactitud de sus sospechas. La tierra llenaba todo el pasillo de la rampa y no había forma de pasar al otro lado.

Atentamente examinó el techo. Gracias a los travesaños de madera que formaban la entibación, la galería no se había derrumbado ampliamente, y lo que quedaba en pie ofrecía relativa seguridad.

Satisfecho, regresó junto a sus amigos. Las noticias no eran buenas, pues habían quedado encerrados, pero de momento podían moverse con tranquilidad sin preocuparse de una posible agresión.

Les obligó a descender de su refugio, y cuando se encontraron en la galena, dijo:

—Ahora, con tranquilidad, vamos a recorrer minuciosamente este agujero. Me han insinuado que existe un difícil respiradero, y vamos a ver si es aprovechable para salir, aunque sospecho que la mina debe tener algún otro conducto para renovar el aire.

* * *

La idea de volar la galería, sin pararse a pensar la catástrofe que podía provocarse, fue del enfurecido capataz Lansky, el cual, aunque herido por el disparo de Nino, no se encontraba en grave situación.

Rabioso por cobrarse el fracaso y la herida recibida, animó a sus obreros a asaltar la galería, creyendo fácil deshacerse de los intrusos, pero el valor y la sagacidad de éstos frustraron sus planes.

Entonces, al observar que parecía tarea larga deshacerse de ellos, dio orden de retirarse y preparar un barreno de una capacidad suficiente para cegar la salida.

Después, cuando se viesen cogidos por la explosión o encerrados ocho o diez días sin ninguna clase de alimentos ni de agua, podrían entrar de nuevo, descombrando la entrada, para recoger sus cadáveres.

Acababa de explotar el barreno, y todos celebraban con grandes muestras de regocijo la hazaña, cuando un grupo de jinetes irrumpió en el llano. Eran los hombres reclutados por Zenker, con

éste a la cabeza.

El secretario, al captar las muestras de alegría, sospechó que sus hombres habían conseguido apoderarse de los intrusos, y a galope se acercó al grupo.

—¿Qué sucede, Lansky? — preguntó—. ¿Y qué le sucede en ese brazo?

—¿Qué me va a suceder, maldita sea mi figura? Que uno de esos sapos me ha cogido a traición, disparándome un tiro, pero no me importa. Creo que me lo he cobrado con creces.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quiere usted explicarse?

—¿Qué va a suceder? Que como no había forma de sorprenderles, hemos volado la entrada a la galería y sospecho que han volado con ella.

—¿Está usted seguro? — preguntó Zenker, animado por una alegría feroz.

—Bueno, tanto como seguro, no. Ellos disparaban desde un socavón que les protegía a menos de diez metros de1 lugar donde explotó el terreno. Si no les hemos convertido en pulpa, al menos les hemos dejado encerrados dentro de una tumba, en la que terminarán por morirse de hambre y de sed.

—Bien, Lansky; hubiese preferido tener la certeza de que habían muerto o tenerlos presos en mis manos, pero si no pudo ser así…

—¡El diablo que los coja por los cuernos!…—afirmó el capataz —. Ese maldito Texas es más vivo que el hambre, y su criado es un alud disparando. No hubo forma de engañarles, y Texas, con la muchacha, bajó a la mina, dejándonos fuera y vigilados por el gigante mejicano. No había otra solución.

—Bien; ¿no cree usted que puedan abrirse paso por entre los escombros?

—¿Cómo? Será una labor larga y delicada volver a abrir camino, aparte de que, para hacerlo, habrá que trabajar con sumo cuidado para que no se hunda todo. No, por ahí no podrán salir.

—¿Y por otro lado?

—Pues… ya preguntó si había comunicación para renovar el aire, pero le dije que no, que sólo había un respiradero estrecho en lo alto del talud. Por ahí, como no tengan alas, no es fácil salir.

—Pero usted sabe que existe una salida secreta…

—Pero él no, ni es fácil que la descubra. Está muy alta y

disimulada. Tendría que ser adivino para encontrarla.

—De todas formas, ponga un par de hombres vigilándola, y si, pasadas veinticuatro horas, no logramos adquirir la certeza de que han muerto, habrá que intentar entrar por ese lado.

—Bueno, ya lo veremos. Usted sabe que es difícil y peligroso; pero, si es preciso, se intentará.

—De acuerdo. Por ahora nada tienen ustedes que hacer más que vigilar la bocamina y el respiradero secreto. Yo voy al poblado a dar cuenta al jefe de lo ocurrido. Seguirán ustedes cobrando sus sueldos y habrá una gratificación, como les prometí cuando se demuestre que han caído de una forma o de otra.

Como ya no le hacían falta los refuerzos, Zenker regresó al poblado con sus hombres, dejándoles en libertad, y luego, rebosante de alegría, marchó a la casita a dar cuenta de lo ocurrido.

Minuciosamente relató todo lo sucedido tal y como se lo había contado el capataz, y Spack, radiante de gozo, exclamó:

—Creo que ahora sí que nos hemos deshecho para siempre de nuestros enemigos. Ni tendremos más sobresaltos con ellos, ni la imbécil de mi sobrina podrá volver a reclamarme nada.

Vera fingió alegrarse mucho con la noticia y hasta felicitó a Zenker por el éxito, pero cuando, aprovechando un pretexto, se retiró a su cuarto, una lágrima de dolor brotó de sus ojos, pese al odio que creía tener contra Texas; el amor que por él sentía era superior.

CAPÍTULO VIII

Texas corre una peligrosa aventura

TEXAS, tranquilamente, como si la situación fuese para él la más agradable del mundo, empezó a descender de nuevo para registrar toda la mina. La inspección había quedado cortada al producirse los disparos, y sólo habían recorrido una parte de ella.

Al alcanzar el final del segundo tramo, observó que las rampas giraban hacia la izquierda, ascendiendo gradualmente. La ganga había tomado una dirección ascendente, y ésta había sido seguida caprichosamente buscando la veta por donde discurría.

La galería aparecía cortada por algunos sitios. Se iniciaban túneles que más tarde habían sido abandonados al agotarse la derivación del filón, y Texas lo examinaba todo atentamente, siempre con la lámpara en alto, dejándola reposar para observar algún efecto en ella.

—Por fin, una de las veces, elevó los ojos hacia arriba, diciendo:

—Por aquí entra aire. Debemos hallarnos cerca del respiradero.

Buscó la corriente que procedía de lo alto y se detuvo en la entibación, examinando un agujero que se hallaba a una altura regular.

—Nino—ordenó—, vuelve al sitio de donde hemos partido y

tráete aquella escalera. Me parece que por ahí arriba está el agujero.

El mejicano fue en busca del adminículo, y cuando regresó con él, Texas lo apoyó en la pared y trepó hasta un agujero que se abría a unos cuatro metros de altura.

Un aire húmedo acarició su rostro, y, satisfecho, se arrastró por el socavón, caminando encorvado más de diez metros, hasta que por fin se detuvo.

El estrecho tubo formaba un pequeño recodo, y, al dar la vuelta, descubrió un vano de luz que le alegró el alma.

Por fin llegó a la abertura, asomando la cabeza, pero hizo un gesto de desagrado. El boquete se abría en la pared de un talud, y debajo, a una altura de más de doce metros, una torrentera tumultuosa corría por un estrecho barranco lamiendo la pared.

Enfrente, un nuevo talud cortaba el paisaje, y nada más descubría que fuese aprovechable.

Retrocedió, un tanto descontento, y Nino, que ardía en deseos de saber qué había descubierto, preguntó:

—¿Qué pasa, manito? ¿No es la galería de tu rancho precisamente?

—No, Nino. Es un maldito agujero a cincuenta pies de una torrentera y cerrado por taludes.

—¡Maldita sea Sonora!… ¿Y para eso se han molestado en abrir ese agujero? Déjame que me asome. Creo yo que un poco de aire y de luz no me vendría mal.

Mientras el mejicano se asomaba al respiradero, Stella preguntó:

—¿No habrá más salidas?

—¡El diablo que lo sepa, Stella!… Quizá existan y tendré que registrar más a fondo… Ese agujero…

Nino regresó, rascándose la cabeza, perplejo.

—Escucha, manito—dijo—: no sé si serán cosas de mi “insicrasia”, como tú dices, ¡maldita sea Jalisco!, pero yo me atrevía a salir por ahí.

—¿Cómo? —preguntó Texas.

—Pues con una buena cuerda o así. Tú la atarías a un madero atravesado sobre la salida para sostener la cuerda, yo la liaría varios nudos, creo yo, para deslizarme con más seguridad, y llegaría a la torrentera; luego…

Texas le dio una palmada en la espalda sin dejarle terminar, y dijo:

—Gracias, Nino; tienes más talento que el caballo de Atila.

El mejicano torció el labio, preguntando:

—¿He dicho alguna otra tontería, maldita sea Guadalajara?

—No, Nino. Esta vez has dado en el clavo. Voy a salir como tú dices.

—¡Repinto! Eso, no. La idea es mía…

—¿Qué harías tú saliendo el primero?

—Pues… buscaría la entrada de la mina y acabaría a tiros con todos esos pringaos.

—¿Y qué? ¿Íbamos a poder salir todos por eso? ¿No comprendes que la señorita no puede bajar por ahí?

—¡Oh, yo haré lo que ustedes hagan! —se apresuró a afirmar Stella.

—No diga niñadas—objetó Texas. Usted no puede hacerlo, y, por otra parte, nada conseguiríamos. No sólo hay que acabar con esa carroña, sino rescatar la mina, y he comprobado que somos poca gente. Tengo otra idea mejor y la voy a poner en práctica.

—¿Y yo no, manito?

—Tú te quedarás aquí guardando a la señorita. No confío mucho en que nos dejen tranquilos, y yo prometo volver rápidamente una vez que ponga en práctica mi plan. Presiento que tendremos que estar aquí tres o cuatro días.

—¿Sin comer ni beber, maldita sea Sonora?

—No te preocupes de eso, que volveré trayendo víveres para unos días.

Stella, inquieta ante la decisión de Texas, preguntó:

—¿Qué es lo que pretende usted, Jim? Estoy agobiada, y no por mí, sino por ustedes. Están arriesgando demasiado por mí.

—No diga niñadas. Nuestra misión es ésa. Por usted o por otra, lo haríamos igual.

—Pero… ¿quiere decirme lo que intenta?

—Simplemente, solicitar la ayuda que necesitamos.

—¿Quién se la va a prestar en estos lugares, donde todos están vendidos al enemigo?

—Esta será su sorpresa. Déjeme hacer. Nino, busca una buena cuerda. De que la encuentres depende el éxito. Lo pedido no era

ningún problema dentro de la mina. Allí había herramientas, cuerdas y bastante material necesario para el trabajo.

El mejicano requisó la más larga y sólida, y con una habilidad extraordinaria la llenó de gruesos nudos a una distancia de medio metro cada uno.

Texas buscó un grueso madero mucho mayor que el boquete del respiradero, y, atando reciamente la cuerda al centro, dijo a Nino:

—Sígueme. Cuando yo esté al borde del agujero, me asiré a la cuerda, y tú procuras que quede atravesada contra las paredes del hueco. Lo demás corre de mi cuenta.

Se deslizó por la estrecha rampa, y cuando alcanzó el borde sacó las piernas fuera y asió la cuerda. Nino tiró y le dejó deslizarse en el vacío hasta que el tablón quedó sujeto contra las paredes.

El mejicano no podía asomarse para ver el descenso, pues se lo impedía el madero, pero por la tensión de éste contra la tierra sabía cuándo Texas lograría alcanzar el agua.

Por fin el madero se aflojó, y Nino tiró de él, asomando la cabeza por el respiradero.

Texas, con el cuerpo metido en el agua y aferrado a una de las orillas, saludó con la mano y se dejó llevar por la corriente, desapareciendo poco después de su vista.

El mejicano se reunió con Stella sin decir palabra. Temía por la suerte de Jim más que por la suya propia, y Stella, cayendo de rodillas, juntó sus manos y, elevando la vista, suplicó, emocionada:

—¡Oh, Dios, tú que eres justo, protégele!

* * *

Texas, nadando suavemente en el estrecho cauce, abandonó el talud, y cuando se había alejado unos veinte metros observó que el cauce se desviaba hacia el Oeste, ensanchándose sobre un terreno mucho más bajo.

Diez minutos después había conseguido saltar a tierra firme. Estaba chorreante, pero el tiempo era caluroso y no sentía el frío característico de la inmersión.

Para no olvidar el camino en caso de verse obligado a alejarse mucho, de trecho en trecho amontonaba piedras de una manera especial. Éstas le servirían de guía al regreso.

Ascendió por un terreno pino, y, cuando descubrió un elevado montículo, lo escaló. Un grito de alegría se escapó de su garganta al descubrir el poblado a menos de media milla a su derecha.

La tarde aún no había muerto, y entendiendo que le convenía esperar a que las sombras empezasen a cubrir el paisaje, esperó.

Se despojó de la ropa, colgándola de unos mezquites, y cuando, una hora más tarde, emprendió el camino ya entre dos luces, se hallaba casi seca.

Tenía una idea justa de lo que debía hacer, pero el problema era descubrir sin ser descubierto dónde se hallaba la pequeña estación telegráfica.

Se internó por callejas estrechas y poco frecuentadas, y, tras muchas vueltas, salió a una glorieta próxima a las oficinas del *sheriff* En un edificio un poco más alto que los corrientes descubrió la casa de postas y el pequeño puesto telegráfico.

No había nadie dentro, salvo el telegrafista. Texas se acercó a él, y cuando el empleado, extrañado, iba a preguntar qué quería, le aferró del cuello, diciendo:

—¡No se mueva, si le interesa seguir viviendo!

Le empujó dentro de la cabina, y con pedazos de una cortina que servía para matar el sol en una ventana, le amarró reciamente, tapándole la boca con el pañuelo.

Luego, cerró cuidadosamente la oficina y, acercándose al aparato, empezó a manipular en él, con gran asombro del sorprendido empleado, que creía que el asalto obedecía a pretender estropear el transmisor.

Jim, que había practicado la telegrafía de campaña, extendió un escueto despacho destinado a su rancho, que decía así:

“Peter Cripps. Rancho Texas.

"California. Valle del Sacramento.

"Ponte en camino con doce hombres escogidos. Trotad a marchas forzadas reventando caballos hasta alcanzar Red Bluff. Busca mina "Esperanza". Barre

cuanto encuentres a tu paso. Estamos encerrados dentro de mina. Hundida la entrada. No te fíes de nadie. Si encuentras sheriff puedes colgarle. Urge ayuda.

"Texas"

El despacho iba dirigido al jefe de todos los peones y capataces de sus posesiones, y Peter Cripps era un segundo Nino cuando se trataba de su patrón.

Transmitido el telegrama, hurgó en el aparato para imposibilitar su funcionamiento durante algunas horas, y, al salir, tomó el revólver del telegrafista, diciendo:

—Me lo llevo. Ahí le dejo cincuenta dólares para que se cobre el despacho y se compre otra arma.

Y, dejándole amarrado, abandonó el puesto.

Ya en la plaza, pensó en los víveres. Le dolía el estómago y pensaba en el glotón de Nino y en Stella, que tampoco había probado bocado desde hacía muchas horas.

Ya más seguro con un arma en la mano, se encaminó a la calle principal en busca del almacén. Necesitaba adquirir algunas conservas y alguna botella de bebida, y no se iría sin ellas.

Cuando descubrió el almacén, encontró parado a la puerta un caballo, y dentro a un sujeto que charlaba con el dependiente, al parecer sin prisa de marcharse.

Esto significaba una contrariedad para Texas, pero, tras una breve vacilación, penetró en el almacén.

El sujeto que hablaba con el dependiente volvió la cabeza y, al descubrir a Texas, hizo intención de llevar la mano al cinto para sacar un arma, pero Jim, más veloz que él, le colocó el revólver en el pecho, diciendo:

—¡Si te mueves, te agujereo las tripas!…

Se trataba de uno de los ayudantes del *sheriff* que intervinieran en su detención, y el sujeto le miraba muy asombrado, no explicándose cómo se encontraba allí.

Texas le despojó del arma, diciendo:

—Si quieres vivir, vuélvete de espaldas, apoya los codos en el mostrador y no te separes de él.

Luego puso un billete de veinte dólares en el tablero, diciendo:

—Joven, póngame varias latas de conservas buenas y media docena de botellas de buen vino. Un buen trozo de tocino no estará mal. ¡Rápido!

El dependiente, asustado, sirvió, tembloroso, lo pedido.

—¿Falta dinero? —preguntó Texas.

—No…, no, señor…

—Bien, me haría falta un pequeño saco o un morral. ¿Tiene usted alguno?

El dependiente le ofreció uno con unas abrazaderas para colgarlo a la espalda por los brazos. Texas añadió diez dólares y se colgó el morral a la espalda.

Luego, dirigiéndose al ayudante del *sheriff*, dijo:

—Dile a ese asqueroso coyote que ejerce aquí la ley de los pistoleros, que pronto recibirá una agradable visita. Tengo que decirle algo interesante. Y tú no te muevas durante cinco minutos.

Salió al exterior y una tentación le asaltó. Tomaría el caballo del ayudante, o éste podría correr más que él para solicitar auxilio.

Sin titubear, montó en él y emprendió un trote rápido, buscando la salida del pueblo por un lugar más alejado que el que necesitaba seguir.

Sus previsiones fueron acertadas. Apenas había emprendido el trote, el ayudante salió a la calle lanzando desaforados gritos pidiendo auxilio, y varios jinetes que pasaban cerca, al enterarse del motivo de su llamada, se lanzaron en pos de Texas, aunque ya éste les había sacado muchos metros de ventaja.

Jim se dio cuenta de la persecución y trató de evadirla. El caballo no era muy bueno y podían perseguirle otros más rápidos.

Cuando alcanzó un terreno que le ocultaba a la vista de sus perseguidores, se apeó rápido, aplicó un fiero golpe a la montura, y ésta, libre de su carga, emprendió un furioso trote entre un marizo de árboles no lejano.

Texas se agazapó en una zanja con los revólveres amartillados, hasta ver desfilar no muy lejos a los perseguidores, quienes, guiados por el trote del caballo, se perdieron entre los árboles.

La obscuridad reinante les había engañado, y ya libre de

peligros, buscó el camino que había seguido, dirigiéndose hacia la torrentera.

Le costó trabajo encontrarla, pero por fin la localizó. Sin embargo, de nada le servía, pues la obscuridad le impedía ver lo suficiente para, alcanzar el talud por el lado del respiradero y poder ascender de nuevo a la mina.



Resignándose, buscó una cueva junto al agua, y como poseía un hambre feroz, abrió una lata de conserva y una botella y sació el hambre, dispuesto a pernoctar allí hasta la salida del alba.

Apenas amaneció, hizo un paquete con la ropa y las pistolas, los introdujo en el morral, se lo colgó a la espalda y se zambulló en la torrentera, nadando briosamente contra la corriente para alcanzar el lugar por donde había descendido.

Cuando dobló el recodo del cauce, echó una mirada ansiosa al talud y respiró con alegría. Pendiente del agujero hasta flotar en el agua, colgaba la gruesa cuerda de nudos que había empleado para descender.

Tras recios esfuerzos, logró asir el cabo, y para solicitar la ayuda de Nino, silbó de un modo peculiar muy conocido del mejicano, pero aunque repitió la llamada, no obtuvo contestación.

¿Se habría dormido Nino? ¿No se encontraría próximo al respiradero? ¿Habría sucedido algo en su ausencia? Todas estas preguntas se las hizo inquieto, y tras un momento de duda, decidió valerse de sus propios medios para volver a penetrar en la mina.

La cosa no era fácil, pues al alcanzar el agujero le estorbaría el atravesado tablón, y mientras tuviese que hacer contrapeso en la cuerda, no podía empujarlo hacia adentro.

Pero como no podía esperar, pues se exponía a ser descubierto por sus perseguidores, dio comienzo a la dura ascensión.

Los nudos le facilitaban la tarea, pues sus fuertes piernas se ceñían a la cuerda y sus pies encontraban un ligero apoyo en los nudos, así como las manos, y lentamente fue ganando altura.

Pero al alcanzar el extremo sobresaliente de la cuerda, se encontró con un grave problema. El tablón le cerraba el paso y el morral formaba un bulto enorme para pasar con él, en el caso de poder eliminar aquel obstáculo.

Furioso volvió a descender, y ya en el agua, colgó el morral sobre uno de sus brazos y volvió a subir.

Cuando llegó a la boca, extendió el brazo y pudo introducir las vituallas y la ropa, pero seguía sin resolver la entrada, debido al tablón.

Volvió a silbar con fuerza y escuchó, pero Nino no dio señales de vida.

Desesperado, forcejeó para alzarse sobre el reborde, y tras

ímprobos esfuerzos, logró introducir la cabeza y los hombros hasta asir el madero y sujetarse en él. Algo había ganado, pero no todo. Necesitaba de todas sus fuerzas y habilidad para poder sostenerse sobre el exterior del agujero con las piernas al aire y soltar la cuerda, única manera de empujar el tablón hacia adentro.

Texas realizaba esfuerzos maravillosos para conseguirlo, mientras maldecía de Nino, que, descuidado, no había permanecido atento a su segura llegada.

Pero, atleta formidable, consiguió por un momento sostenerse casi vertical, con las piernas en el vacío, y de un desesperado empujón, lanzó el tablón adentro, dejando libre el estrecho hueco.

Aferrándose con las uñas a la tierra, que se desprendía a los arañazos, consiguió, por fin, cuando ya se consideraba agotado, escurrirse hacia adentro, sin temor a caer en el vacío, y en un último esfuerzo, quedó tumbado sobre el respiradero, resoplando como un cetáceo y con todos los músculos doloridos.

Después de descansar un momento, se deslizó por la rampa, empujando el morral por delante, y así llegó a la salida, cansado y cubierto de sangre de los arañazos y raspazos sufridos.

Se disponía a descender, cuando un sobresalto mortal le acometió, arrancándole un rugido de furor. Acababa de captar apagadas detonaciones que procedían del interior, sin saber fijamente de dónde y sospechó angustiado que los mineros habían conseguido penetrar en la mina y estaban atacando a Nino y a Stella.

Rabioso, se descolgó del agujero, extrajo sus pantalones y su chaqueta del morral, y empuñando los revólveres que había substraído al telegrafista y al ayudante del *sheriff*, así como las municiones que se apropiara por precaución, echó a correr a ciegas por la galería, orientándose por los ecos de las detonaciones.

—¡Maldita sea Sonora, como dice Nino! Como hayan causado algún daño a la muchacha, juro por Dios que hundiré la mina y moriremos todos aplastados en ella.

La falta de luz entorpecía su avance, pero iba ascendiendo guiado por los disparos, que ahora eran más secos y rotundos.

La lucha debía desarrollarse en la parte amplia donde la galería se sostenía por medio del complicado tinglado de madera. Lo adivinaba por la distancia y por el gran eco que adquirían los

disparos.

Por fin, se acercó al lugar de la lucha. Unos débiles resplandores luminosos le guiaron. Eran lámparas encendidas colocadas en tierra, quizá para poder distinguir la armadura de madera, y docenas de llamitas azules y rojizas, brotando de diversos lugares, le denunciaban de dónde partían los disparos.

CAPÍTULO IX

Una situación trágica

La presencia de Texas en el poblado, su hazaña apoderándose de la pequeña estación del telégrafo, su estancia en el almacén y su audaz huida, provocaron la alarma y la noticia corrió como un reguero de pólvora, llegando a oídos de Spack y su secretario, que confiadamente esperaban en la casita.

Vera, con acento satírico, exclamó dirigiéndose a Zenker:

—Cómo podrá apreciar, su ratonera es algo de risa. Se le evaden los ratones con suma facilidad.

El secretario, furioso, montó a caballo, y a todo galope se dirigió a la mina, donde los obreros, en plena vagancia, mataban el ocio jugándose el dinero a las cartas.

Zenker irrumpió en la glorieta, furioso y encarándose con el capataz rugió:

—¿Es para esto para lo que yo le pago en buenos dólares? Ustedes jugando y los presos paseándose a su albedrío por el pueblo.

El capataz le miró asombrado, replicando:

Eso no puede ser, señor Zenker. La boca de la mina continúa obstruida y no puede salir por ella ni un lagarto, y en cuanto a la

otra salida, vigilan tres hombres de confianza.

—¿Sí? Pues sepa que Texas ha estado en el pueblo, se ha apoderado de la estación telegráfica, no sé para qué y daría media vida por saberlo, ha comprado comestibles en el almacén de Larry y ha desarmado a un ayudante del *sheriff*. Dígame si esto se hace encerrado.

—Bien, venga conmigo y se convencerá de que no ha podido salir por los conductos conocidos.

En efecto, cuando llegaron a la entrada del respiradero, los tres mineros permanecían de vigilancia y los tres juraron por todo lo jurable que nadie había salido por allí, ni lo había intentado.

—Y sin embargo, ha salido—rugió Zenker—. Hay que penetrar adentro y comprobar si han huido todos, o qué sucede.

Como el secretario se había presentado en la mina apenas amaneció, la hora era propicia para verificar el registro, y Lansky reunió a todos sus hombres ante el agujero diciendo:

—Preparar vuestras armas y lámparas. Vamos a entrar a ver qué sucede ahí dentro.

Todos se prepararon bien de cartuchos, encendieron media docena de lámparas, y deslizándose por estrecho y difícil paso, alcanzaron el interior de la mina, avanzando con precaución para verificar el registro.

Ante el temor de servir de blanco, Zenker dio orden de apagar todas las lámparas menos una y distanciarse todo lo posible del que la portaba para evitar ser atacados por sorpresa.

Y así, en silencio, avanzaron por la rampa buscando la parte baja, pues el respiradero, muy bien disimulado, con unos taludes de tierra que lo ocultaban a la vista, se hallaba abierto a flor de la primera galería.

Por su parte Nino, desde que asumiera la responsabilidad de velar por Stella, parecía nervioso y preocupado. Había perdido su flema habitual y no estaba quieto un momento, recorriendo la galería de arriba abajo, como si presintiese un ataque imprevisto.

Stella, dándose cuenta, preguntó:

—¿Qué le pasa, Nino? ¿Cómo está usted tan nervioso?

—¡Repinto!… ¿Yo que sé por qué? La verdad es que estoy más nervioso que el rabo de una lagartija o así. Preferiría que manito Texas me hubiese dejado frente a todos esos pringaos, ¡maldita sea

Jalisco!, que cuidando de usted. Me da el corazón que algo va a suceder no estando él.

—No me asuste, Nino…

—No, no quiero asustarla, pero es verdad… Bueno, creo yo que puede ser verdad, y como ya hasta mañana no espero que regrese el patrón, creo que en lugar de vigilar este asqueroso agujero, debemos refugiarnos allá arriba en los palos. Allí estaremos más seguros y cualquier sorpresa que intenten esos pelaos, ¡maldita sea su figura!, la descubriríamos con tiempo.

Stella aceptó la idea y ambos ascendieron a los travesaños altos de la galería.

Nino arrancó algunos tablones, cruzándoles sobre palos transversales y formó una cómoda plataforma, diciendo a Stella:

—Bueno, manita, creo yo que puede dormir un rato. Yo no tengo sueño y vigilaré. No vamos a pasar la noche en vela.

—Bien, podemos dormir un rato. La mitad cada uno. Creo yo que para vigilar serviré.

—¡Oh, claro que sí! Usted es una mujer adorable y ya le dije al patrón que…

Se mordió la lengua, dándose cuenta de que iba a decir algo indiscreto.

—¿Qué le dijo usted? —preguntó Stella intrigada.

—Pues… eso…, que era usted una mujer muy valiente.

—Es un elogio que me honra, pero que no acepto. Tengo más miedo que un coyote.

—Bueno, no creo que pase nada. Acuéstese y duerma, si puede… Faltan muchas horas para que amanezca.

Stella, rendida, obedeció, y a pesar de lo duro del lecho se quedó dormida.

Pero tres o cuatro horas más tarde despertó. El lugar estaba obscuro, pues Nino había apagado la lámpara, y la joven, temerosa, susurró:

—Nino… Nino… ¿Está usted ahí?

—¡Claro que estoy, repinto! He apagado por si acaso.

—Bien, acuéstese un rato. Yo no tengo sueño y no podría dormir de lo que me duelen los huesos.

—Bueno, en ese caso dormiré un ratito. No necesita luz si no le asustan las sombras. Así, si alguien apareciese por aquí, como

necesitaría lámpara para andar, le vería perfectamente y podría llamarle. Vigile bien o así.

Y se tumbó sobre las duras tablas, quedando dormido como un leño a los pocos minutos.

Stella, venciendo la impresión que le causaban las tinieblas, permaneció con los ojos muy abiertos, desorbitándose por ver algo entre las densas sombras y sus oídos se torturaban, tratando de captar algún ruido tangible, pero solamente el crujir de algunas tablas carcomidas llegaba hasta ella de un modo impresionante.

Las horas transcurrían con lentitud, sin que pudiese precisar si ya había amanecido o no, pero, dándole pena despertar al mejicano, decidió no llamarle hasta que él despertase por propio impulso.

De súbito sintió como si sacudiesen su cuerpo con una corriente eléctrica, y se restregó los ojos con fuerza creyendo que era víctima de una alucinación.

Le había parecido descubrir una lucecita que avanzaba balanceándose cómicamente en la negrura y tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerse de que no estaba soñando.

Nerviosa, extendió las manos y sacudió a Nino, susurrando:

—Nino, despierte…, creo que veo una luz.

El mejicano, que estaba soñando agradablemente verse jinete sobre un caballo excepcional que era el célebre Atila, llevó mecánicamente la mano al revólver y masculló:

—¡Por todos los diablos del infierno, maldita sean esos pringaos! ¿Por dónde habrán podido entrar?

Se tumbó sobre las tablas y miró hacia abajo. La luz avanzaba por la galería y se acercaba hasta el tinglado.

—Bueno va, manita—dijo—; creo yo que tendrá usted que hacer uso del revólver. Escuche, escóndase detrás de este grueso tablón, y si yo disparo, hágalo usted, pero sin separarse de él. Las balas no podrán llegar aquí, porque le protege este tinglado por arriba y por abajo. Obedezca, que es su vida la que se juega.

—¿Y usted?

—No se preocupe de mí. Yo sé cómo he de maniobrar, creo yo.

Y en las tinieblas empujó a la muchacha hacia el madero, buscando luego un lugar propicio para guarecerse.

La lámpara seguía avanzando y, poco después, se detenía en el gran espacio abierto en la galería.

Un cuchicheo de voces llegó hasta ellos y en la semipenumbra que reinaba en la galería debido al débil resplandor de la lámpara, distinguió unas vagas siluetas que se movían registrando el terreno.

Nino no se movió. Prefería dejarlos hacer mientras no les localizasen, intentando atacarles.

Pero uno, en su requisa, descubrió la escalera de mano apoyada en el maderamen que servía de comienzo al tinglado, y muy decidido empezó a ascender por ella.

Nino no esperó más, extendió el brazo y disparó.

La detonación vibró sonoramente, produciendo gran cantidad de ecos, y el alarido de muerte que el minero lanzó, también rebotó por las paredes de la galería, haciéndole más impresionante.

Inmediatamente, un terrible fuego de “Colt” se concentró hacia lo alto de la entibación buscando a los audaces aventureros, pero éstos, bien protegidos, sentían clavarse los proyectiles en los gruesos maderos, sin que les alcanzasen, mientras que guiándose por las ráfagas que producían los revólveres al disparar, replicaban buscando a su vez donde hacer blanco.

El fuego de Nino, terrible y eficaz, había conseguido abatir a varios mineros y el resto, replegándose para buscar lugares resguardados, trataba en vano de desalojar a sus enemigos de sus posiciones.

El mejicano, al observar que ya no le era posible cazar a ningún minero, dio orden a Stella de economizar proyectiles. Les dejaría tirar a su gusto mientras no intentasen avanzar y se pusiesen a tiro.

Zenker, que había estado a punto de recibir un tiro, en la cabeza, reunió a sus hombres fuera del alcance de los proyectiles y rugió:

—Esto no puede ser, hay que cazar a esos miserables. No son más que dos o tres.

—Bueno—dijo uno—, si lo ve usted tan fácil, suba y tómelos de una oreja.

—Ya sé que no es fácil, pero… podía intentarse algo.

—¿El qué?

—Pues no sé… ¡Ah! Se me ocurre una idea. Buscar estopas, si hay brea, empaparlas en ella y arrojarlas encendidas debajo de los maderos. No podrán apagarlas y entonces…

—Buena idea. Vamos a ponerla en práctica.

Alguien retrocedió para volver con un bote de alquitrán y estopas. Las mojaron bien en el líquido, las ataron a la punta de un palo y pronto media docena de llamas ardieron en sus manos dispuesto a lanzarlas contra el tinglado.

Nino adivinó la maniobra y lanzando una terrible maldición, rugió:

—¡Malditos pringaos!… Quieren asarnos vivos. Me parece que el asunto se va a poner muy feo, creo yo… No sé qué hacer para…

En aquel momento vibraron dos secos disparos desde uno de los lados de la galería y la voz terrible de Texas gritó:

—¡Adelante, Nino, soy yo! ¡Barramos a estos sapos!

La voz de Texas fue como un acicate para el mejicano. Éste, sin medir el peligro, saltó peligrosamente a tierra desde una altura impresionante y pegándose a ella, disparó rabiosamente contra los incendiarios, gritando:

—¡Adelante, manito! ¡Viva Texas!

Los inesperados disparos de Jim cogiéndoles de flanco y las nuevas posiciones que el mejicano había tomado audazmente, impresionaron a los mineros, quienes alocados al ver caer a un par de compañeros, abandonaron las estopas encendidas arrojándolas al suelo y emprendieron la fuga hacia la salida, precedidos de Zenker, que fue el primero en sentirse flaquear.

Fué un momento de pánico, que Jim aprovechó para unirse a Nino y arrastrándole tras él, ordenó:

—¡Arriba otra vez, Nino, aquí pueden freírnos a tiros desde los recodos! Necesitaba reunirme con vosotros y no he tenido más remedio que exponerlo todo para ello.

Ascendieron raudamente, retirando tras ellos la escalera y Stella, emocionada, exclamó:

—¡Oh, Jim, qué momento más angustioso he pasado! ¡Creí que iba usted a caer para siempre!

—¡Bah! Aun no me ha llegado mi hora. Tome, Stella, coma y beba algo, estará usted desfallecida. Tú también puedes hacerlo, Nino, pero con prudencia. Hemos de tener para un par de días o tres con estas provisiones.

Mientras Jim vigilaba, el mejicano abrió el morral extrayendo los comestibles y las botellas y sus ojos chispearon de codicia:

—Bueno, manito, con esto creo yo que soy capaz de estarme

aquí peleando toda la vida o así. ¡Maldita sea Jalisco! ¿De dónde has sacado estas preciosas botellas?

Jim relató sus aventuras y las fatigas que había pasado para poder penetrar en la mina y Nino dijo:

—¡Caray, manito, no me dejaban bajar de aquí! Menos mal que se me ocurrió pasar la velada en este palomar; si no, esos pringaos nos cazan en el agujero y nos asan a tiros.

Luego preguntó:

—¿Qué es lo que esperas, manito?

—Espero a Cripps con una docena de nuestros muchachos. Le he puesto un telegrama para que reviente los caballos que sean precisos para venir aquí y a estas horas estarán galopando cómo demonios hacia Red Bluff.

—¡Oh, manito, qué idea más rechula has tenido! En cuanto llegue Cripps, va a arder el poblado y todo lo que hay en él… Sólo falta que encuentre el agujero para poder entrar.

—Lo encontrará. Ya le he advertido que busque la forma de ayudarnos a salir de aquí. Ahora, lo principal es mantenernos sin consentir que nos prendan fuego al tinglado. Cuando se quieran dar cuenta del peligro, se van a encontrar con una docena de demonios encima de los lomos, que les van a asar vivos.

—Puede que hayan quedado escarmentados de esto.

—No lo creo. Buscarán la forma de conseguir su objeto y hay que estar muy alerta, pues una sola estopa embreada que nos caiga aquí, prenderá esto como un polvorín.

—Bueno, pues que lo intenten. Todavía no nos hemos muerto, creo yo.

—Me alegraría que lo pensasen mejor y se decidiesen por sitiarnos por hambre. Se llevarían un gran chasco y nos dejarían respirar hasta la llegada de Cripps.

—Sí, no estaría mal, pero les corre prisa. A lo mejor sospechan que cuentas con ayuda y no serán tan tontos que esperen a que llegue. Creo yo que nos espera un mal rato aún.

—O varios, Nino, pero gozamos de una posición excelente y si tenemos fortuna y logramos frustrar todos los ataques de esos cerdos, daremos tiempo a recibir refuerzos y a terminar con todos los indeseables que nos rodean. Lo he pensado mucho y para dejar la mina libre de contingencias desagradables, no nos bastábamos

nosotros dos.

Stella intervino para asegurar:

—¡Oh, no quiero continuar con ella en cuanto quede liberada! La venderé por lo que me quieran dar.

—Eso es otra cosa. Buscaremos un comprador, pero usted habrá salvado su herencia y sacará por ella lo que sea digno.

Las conservas y el vino les confortaron y Nino, un poco alegre, se sentía tan belicoso, que hablaba de abandonar su refugio y salir al encuentro de los mineros.

—Estate quieto, Nino—dijo Texas que se te ha sublevado en la cabeza el caballo de Atila y puede desbocarse.

—Bueno va, ¡maldita sea Sonora!… Pero si se desboca y pillo a esos pringaos por delante, les haré papilla o así y ya verás qué divertido.

Durante algunas horas les dejaron tranquilos. La prueba les había resultado demasiado cara y todos habían adquirido cierto pánico hacía aquella pareja de peleadores formidables que se salían de la regla general.

No obstante, al llegar la noche, volvieron a realizar un intento de asalto. Escondidos en los accidentes de las paredes, abrieron un fuego graneado sobre el maderamen con la esperanza de poder acertar a alguno de sus defensores, pero éstos, bien escudados, se hallaban a cubierto y sus revólveres tronaban siniestramente.

Desistieron del ataque y el resto de la noche transcurrió en calma, sin que por eso Nino y Texas dejasen de vigilar atentamente pendientes del más ligero rumor. Para ellos, allí dentro no había día ni noche. Todo era noche y aunque poseían una lámpara, no se atrevían a encenderla por temor a orientar las huellas de sus enemigos.

Nino renegaba de la obscuridad. Decía que le iban a llegar los ojos al cogote de tanto abrirlos inútilmente y Stella, medrosa, se aferraba del brazo de Texas sin soltarle, cosa que producía escalofríos de angustia y alegría al audaz aventurero.

Durmieron algunos ratos por turno y a la mañana siguiente, volvieron a sufrir un intento de asalto que también fue rechazado.

Hubo un largo paréntesis y Texas se preguntaba angustiado qué estarían urdiendo y cuándo tendrían noticias de sus nuevos planes.

Pasaron varias horas tremantes y estaba la tarde avanzada,

cuando Texas, que poseía un oído muy fino, exclamó:

—Nino… ¿No has oído nada?

—No, manito, ¿de qué se trata?

—No sé. Me ha parecido oír un rumor ahí abajo. Algo como si un cuerpo rozase.

—No he oído nada, ¡maldita sea Sonora!, pero aunque algún pringao asqueroso de esos ande por ahí abajo, nada puede hacer. No hay escalera.

—Podían haber buscado, alguna.

—Sin luz es muy difícil llegar aquí sin tropezar y armar ruido. Puede que alguno intente explorar. Espera. Empuñó el revólver y disparó varios tiros hacia abajo sin resultado. Tenía que haber poseído mucha suerte para poder acertar en medio de las tinieblas.

Y fue una lástima para ellos que los tiros se perdiesen en el vacío, pues algo trágico se estaba incubando para desalojarles de sus posiciones y conseguir capturarles. Fué Zenker el autor de la idea y ofreció cien dólares al audaz que se atreviese a realizarlo.

Consistía en que, a tientas, uno de los mineros se arrastrase por tierra portando un galón de petróleo y lo derramase por el piso y los palos que formaban el tinglado. Más tarde, cuando lo hubiese conseguido, había mandado construir una especie de escudo de recia madera, tras el que unos hombres podían protegerse y avanzar. Su misión era alcanzar un sitio propicio para lanzar una estopa ardiendo y que el petróleo se inflamase prendiendo fuego a los palos.

Aquel escudo que les protegía podía recibir las balas de sus enemigos y una vez conseguido su propósito, se retirarían en espera de que el fuego obligase a Texas y sus compañeros a arrojarse del tinglado abandonando su protección.

La oferta de los cien dólares tentó a uno de los mineros, el cual, arrastrándose con suma precaución y tras muchos minutos de angustia, logró avanzar hasta tocar los palos del tinglado.

Derramó el petróleo, procurando que la madera lo recibiese también y todo lo rápidamente que le fue posible se retiró hasta encontrar la salida, no sin haber sufrido un momento de terrible angustia al sentir los disparos de Nino buscándole entre las sombras.

Cuando llegó junto a sus compañeros, Zenker, rabioso de

alegría, exclamó:

—¡Ya son nuestros! Ahora sí que no se escaparán. Preparar las estopas y el madero protector. Vamos a darles una sorpresa terrible.

Mientras, Texas, inquieto, aspiró el aire y murmuró:

—¿No hueles a petróleo, Nino?

Stella, más sensible, exclamó aterrada:

—¡Oh, sí! ¿Pretenderán asarnos vivos esos cobardes?

—Mucho me lo temo, Stella. ¡Cuidado! Hay que afinar mucho para no dejarles llegar si pretenden prenderle fuego. Han debido aprovechar la obscuridad para acercarse a derramar el petróleo.

—¡Maldita sea Jalisco! —gruñó Nino—. Así tú habías oído ruido o así… Bueno, pues que se acerquen.

Momentos después, un débil resplandor alumbró la galería. Dos mineros, protegiéndose con la gruesa plancha de madera, avanzaban escondiendo detrás de ella dos estopas alquitranadas encendidas.

Texas, Nino y Stella, abrieron fuego contra ellos, pero pronto se dieron cuenta del truco. Las balas bien dirigidas, se clavaban en el madero y las luces seguían avanzando.

—¡Maldición! —rugió Texas—. Nos pueden. Ese Zenker es un hombre diabólico inventando trucos.

Algo encendido describió una parábola en las tinieblas y cayó a cierta distancia del petróleo sin prenderle, pero la llama sirvió para orientar al segundo, quien, con más seguridad, lanzó su tea incendiaria.

Ésta cayó sobre el petróleo y una terrible lumbrarada iluminó la galería, mientras las llamas empezaban a ascender pegadas a los palos del andamiaje.

CAPÍTULO X

En el último minuto

EL audaz telegrama enviado por Texas al jefe del personal de su hacienda llegó a su poder con la máxima celeridad.

Cuando el jefe del puesto de Scotia lo tomó en la cinta y se enteró del texto, comprobando la firma, despacho a un mensajero, quien a todo galope se presentó en el rancho.

Cripps se enteró del contenido y cursó órdenes tan rápidas y tajantes, que veinte minutos después, doce hombres de lo más destacado de la hacienda, se encontraban a caballo, dispuestos a marchar.

Cripps montó en el suyo y lanzando un silbido estridente, llamó:

—¡“Chacal”, a mí; tu amo te necesita!

Un enorme perro lobo de cabeza inteligente y recia musculatura, acudió al llamamiento y el capataz le invitó diciendo:

—Sube, “Chacal”.

El perro saltó a la grupa del caballo, donde se acomodó lo mejor que pudo y el grupo abandonó el rancho a un galope fantástico.

Ya era noche cerrada cuando emprendieren la marcha, pero había luna y los jinetes conocían el terreno muy bien. Sacando el máximo de rendimiento a sus monturas, llegaron al amanecer a un

rancho enclavado a muchas millas de Blocksburg, donde pidieron caballos de repuesto. El nombre di Texas fue un talismán y les fueron facilitadas monturas de gran resistencia.

Galoparon todo el día hasta agotar su resistencia y cuando llegó la noche, hicieron un alto para tomarse algún descanso.

De madrugada, reemprendieron la marcha. En una sola jornada habían devorado más de 45 millas y en la siguiente tenían el proyecto de cubrir el resto.

Fué en otro rancho de la montaña donde consiguieron caballos de refresco. Texas era tan popular en el valle del Sacramento, que nada había imposible para él cuando se invocaba su nombre.

Y así, con caballos siempre ágiles y poderosos y con la resistencia de aquellos hombres duros, que sabían en peligro al hombre a quien todos adoraban, llegaban a las puertas de Red Bluff casi a la caída de la tarde.

Cripps, un hombre duro y valiente, dotado de un carácter impetuoso, que ante nada retrocedía por espinoso que fuese, detuvo a sus hombres a la vista del poblado y advirtió:

—El patrón me ordena que me lleve por delante cuanto se oponga a nuestro paso y en particular al *sheriff* de esta asquerosa aldea. Adelante, y al primero que se interponga ante las patas de los caballos, meterle dos onzas de plomo en la cabeza.

Como un alud desprendido de lo alto de una montaña, penetraron en el pueblo sembrando la alarma y el pánico entre sus descuidados habitantes y cuando enfocaron la calle principal, Cripps, que caminaba en vanguardia, frenó un momento su caballo junto a un "cowboy” que transitaba en sentido contrario y tomándole por la fosca cabellera, preguntó:

—¡Eh, amigo! ¿Dónde están las oficinas del *sheriff*?

El vaquero pretendió defenderse de aquella agresión, pero el capataz, rabioso, gritó:

—¡Pronto o le clavo cuatro tiros en esa cabeza de abejorro que tiene!

El agredido extendió el brazo, exclamando:

—Por la segunda calle a la izquierda; al final, en una plaza, las encontrará.

Cripps le soltó con violencia y el grupo desbocado siguió la ruta indicada.

Cuando llegaron a la plaza, el ruido de los cascos de los caballos era como una tormenta en crescendo, y Yore, alarmado, abandonó vivamente el sitio donde estaba sentado para salir a enterarse de lo que sucedía.

Cripps, deteniendo el caballo junto a él, preguntó:

—¿Quién es el sapo indecente que ejerce la Ley en esta pocilga asquerosa de pueblo?

Yore, rabioso, se replegó hacia atrás rugiendo:

—Oiga, yo soy el *sheriff* y no…

—¿Usted? ¡Maldita sea su podrida alma!… ¡Andando! ¡Eche por delante de los caballos y corra hasta que le salga la lengua por los ojos! ¡Llévenos a la mina "La Esperanza"!

Yore, furioso, trató de sacar el revólver, pero Cripps sacó el pie del estribo y se lo aplicó brutalmente en la boca, rugiendo:

—¡Carroña indecente, si no sales trotando ahora mismo, te levanto la tapa de los sesos a tiros!

El *sheriff*, arrojando sangre por la boca, comprendió que no tenía defensa posible y estimando que aquel bárbaro cumpliría su promesa, echó a correr en dirección a la mina seguido por el grupo de "cowboys".

Pero era tal la impaciencia del capataz, que estimando que Yore no corría lo suficiente, gritó:

—¡Vamos, "Chacal"! ¡Haz correr un poco más a este tipo!

El inteligente perro saltó del caballo y mostrando sus terribles dientes, se arrojó sobre el *sheriff*, quien seguro de verse destrozado por él, sacó fuerzas de flaqueza y avivó el galope cuanto pudo.

Pero la distancia era larga para sostenerla en una carrera y llegó un momento en que el *sheriff*, falto de aire en los pulmones para seguir, se dejó caer a tierra musitando con voz silbante:

—¡No puedo… más!… Allí… después de… aquellos desmontes… está… la mina…

Un peón interrogó a Cripps:

—¿Qué hacemos con este reptil?

Cripps no contestó. Se limitó a mover la mano y disparar un tiro. Yore cayó para siempre con la cabeza destrozada.

—¡Un sapo menos! ¡Adelante!

A todo galope, siguieron el camino indicado y desde lo alto de la senda, descubrieron la glorieta con las pequeñas cabañas y los

tinglados de la mina.

—¡Allá abajo está!... ¡Vamos!... Disparar contra el primero que salga a recibirnos.

Irrumpieron en el llano, pero, extrañados, observaron que todo estaba desierto. No se veía alma viviente y los aparatos de explotación se hallaban parados.

—Registrar a ver dónde andan metidos esos coyotes.

Se hizo un registro sin descubrir a nadie, pero uno de los peones, descubrió los caballos de Texas, Nino y Stella.

—Aquí están sus monturas — dijo—; no pueden andar muy lejos.

—Pues vamos a entrar — advirtió otro, señalando la boca de la mina.

—No te molestes, Bob — advirtió Cripps—; el patrón dice que la mina está hundida y que están dentro... No lo entiendo... Si están dentro, ¿cómo pudo telegrafiar?

—Saldría a hacerlo y volvería.

—Un poco raro parece, pero si así fue, ¿cómo entró?

—Habrá alguna otra entrada. Casi todas las minas la tienen para renovar el aire y escapar en caso de hundimiento.

—Tienes razón. Andando. Desperdigaros por ahí y a buscar otra entrada. ¡Vivos! pueden estar corriendo un grave peligro.

Pero cuando discutían la cuestión, ‘Chacal’, que husmeaba la tierra y que había penetrado por su cuenta en la hundida galería para después regresar a la planicie, siguió con el hocico pegado a la tierra y escapó rodeando el talud.

—Seguidme—Ordenó Cripps— “Cha- cal” encontrará la pista. Vamos, precioso, el amo Texas te necesita.

El perro gruñó sordamente, como si sintiese la misma rabia que los peones, y siguió rastreando la tierra, introduciéndose por entre jaras y desmontes, siempre sin despegar su cabeza del suelo.

El grupo, con los "Colt” empuñados, le siguió atentamente y el inteligente animal se introdujo por lugares que los peones hubiesen desdeñado no juzgándoles aptos para poseer una entrada a la mina.

Por fin, se detuvo ante un agujero que ocultaba un gran macizo de plantas silvestres y gruñó sordamente:

—Creo que ya la hemos descubierto—afirmó el capataz—. Esos granujas la habían disimulado muy bien para que no fuese

descubierta.

Se asomó al negro agujero y como lo encontrara oscurísimo, ordenó:

—Volver en busca de un par de lámparas. Aquí no se puede penetrar sin luz.

Dos vaqueros marcharon a todo correr en busca de lo pedido y "Chacal”, sin que hubiese forma de contenerle, metió la cabeza en el agujero, se deslizó dentro y a poco retrocedió gruñendo con furor y mostrando sus formidables dientes.

—¿Qué le sucede a este animal?— preguntó Cripps—. Veamos.

Le apartó a un lado y se introdujo por la boca, avanzando unos metros. De repente se envaró escuchando. Sordas y lejanas, llegaban a sus oídos las detonaciones de numerosos disparos.

Nervioso, retrocedió gritando:

—¡Por Judas!… ¿Cuándo llegan esos malditos con las lámparas? Allá abajo se están friendo a tiros. Oigo las explosiones… ¡Vivos!… ¿Dónde estáis, perros indecentes?

Por fin, los dos peones llegaron con las lámparas y una vez encendidas, Cripps se introdujo el primero por la negra boca, empuñando la lámpara con una mano y el revólver con otra, mientras "Chacal", a su lado, gruñía sordamente y pugnaba por adelantarse a él.

A pocos metros de la boca, el agujero se ensanchaba hasta permitir el paso sin inclinarse y la rampa descendía con bastante violencia, formando algunas curvas de trecho en trecho.

A medida que avanzaban, el estampido de las detonaciones se hacía más audible y "Chacal” aumentaba sus gruñidos pretendiendo escapar en vanguardia.

Cripps le amonestó severamente:

—¡Estate quieto, bruto! ¿No ves que pueden colocarte un tiro en esa cabezota que tienes?

El perro gruñía y obedecía de mala gana y el grupo en silencio, seguía hacia adelante hasta alcanzar una línea recta.

De súbito, un lejano resplandor se bocetó al final de la galería. No se trataba de luces de lámparas, sino de enormes llamaradas mientras los disparos se hacían más retumbantes.

—¡Por Judas! — Exclamó Cripss—. ¡Ahí dentro deben haber prendido fuego a algo! ¡Adelante! ¡Sus, "Chacal”! El perro, que no

necesitaba estimulantes para avanzar, salió disparado como una flecha galería adelante y el capataz osado, le siguió a todo correr, precedido de sus peones.

El temible can, más adelantado, fue el primero en alcanzar la salida de la galería, en el momento en que una sombra humana se interpuso en el vano de luz que formaba el incendio. “Chacal” saltó sobre él brutalmente, clavándole los colmillos en el cuello y un terrible alarido de dolor mezclado con un gruñido salvaje del perro se fundieron en uno solo, al tiempo que la voz ronca de Texas gritaba:

—¡“Chacal”!… ¡Cripps!… ¡A mí, pronto!… ¡Barred a esa carroña o moriremos achicharrados!

* * *

La audaz maniobra de los mineros arrojando la estopa incendiada sobre el petróleo, tuvo un completo éxito. El líquido inflamable explotó en terribles llamaradas hacia lo alto, aferrándose a los palos del andamiaje y pronto éstos empezaron a arder como teas.

Texas, rabioso, comprendió que había llegado el momento decisivo y preguntó:

—¿Qué hacemos, Nino, nos entregamos?

—Primero me voy a los infiernos que caer en manos de esos sapos o así. Yo seguiré aquí disparando hasta que arda como una estopa.

—Bien, yo haría lo mismo, pero la señorita Stella…

Ésta, acometida de un heroico alarde de valentía, exclamó:

—No se moleste, Texas. Sé la suerte que nos aguarda en todos los casos. Si nos entregamos, Zenker nos suprimirá sin vacilar. Es más noble caer aquí luchando.

Él estrechó su mano conmovido y repuso:

—Bien, cada cual tiene derecho a disponer de su propia vida. Lucharemos hasta el fin… Es lástima que no hayan retrasado un poco esta maniobra. Hubiesen tenido tiempo de llegar nuestros hombres… Ahora, creo que su esfuerzo será inútil.

Varios disparos brotaron de las galerías buscándoles entre los maderos. Nino y Texas contestaron y Stella unió sus disparos a los

suyos con entereza.

Durante algunos minutos, se cambiaron proyectiles en balde. Los atacados bien protegidos, no se mostraban fácilmente a las balas, pero llegó un momento en que las llamas iban ascendiendo y el humo medio les asfixiaba en aquel lugar ya demasiado bajo.

Texas examinó el armazón de madera e indicó a lo alto.

—Stella, vea de subir allá arriba. Es un poco arriesgado, pero cualquier peligro es menos malo que ser alcanzado por la llamas.

Mientras Nino y Texas disparaban rabiosamente para impedir que sus enemigos pudiesen acercarse, la joven reuniendo todas sus fuerzas, empezó a trepar por los travesaños para alcanzar el tramo superior. Era sólo una tregua a la muerte, pero un minuto de vida era vida.

Tras ímprobos esfuerzos, lo consiguió y alcanzando los últimos rastreles, se montó a horcajadas sobre ellos disparando hacia abajo como mejor podía.

Texas dio orden a Nino de subir y él lo hizo en último lugar, cuando casi las llamas llegaban al primer piso. Nino comentó trágicamente:

—Bueno va, manito. Cuando se quemen los sostenes y esto se hunda, entre el golpe y las llamas creo yo que no sufriremos mucho, ¡maldita sea Sonora!

Texas nada dijo, pero miró angustiado a la muchacha y hasta estuvo a punto de decir algo que quemaba sus labios, pero el furioso tiroteo de que les hacían objeto se lo impidió.

Rabioso, montado sobre una traviesa y casi al descubierto, contestaba buscando las siluetas de sus enemigos que se escondían prudentemente y miraba con angustia hacia abajo, viendo ascender las llamas lentamente, en tanto que los ojos le escocían horriblemente a causa del humo.

Pero pronto sus nuevas posiciones se hicieron peligrosas. El calor llegaba brutal haciéndoles sudar de un modo copioso y sus ojos lloraban irritados por el humo, mientras la atmósfera acre y reseca del petróleo, requemaba sus gargantas.

Texas, considerando la situación desesperada, musitó:

—Stella, lo siento por usted créame que hubiese dado media vida por salvar la suya. Es usted la mujer que…

No tuvo tiempo a concluir la frase. Un escalofriante alarido de

muerte rasgó el crepitar de los leños y un gruñido más terrorífico se unió al grito de muerte.

Texas envarándose, sintió que una alegría salvaje invadía su pecho y adivinando lo que sucedía, gritó roncamente:

—¡“Chacal”! ¡Cripps!… ¡A mí, pronto! ¡Barred esa carroña o moriremos achicharrados!

Una atronadora salva de estampidos pobló las galerías. Gritos, blasfemias, maldiciones, alaridos de terror y de agonía se mezclaron horrísonamente y entre ellos, la voz de Cripps clamó:

—¡Patrón, aquí estoy yo con los muchachos! ¿Dónde diablos está usted?

—¡En el infierno, Cripps! Ayúdame a salir de él por lo que más quieras.

El capataz avanzando con sus vaqueros, barrió los alrededores del tinglado. Los mineros al verse atacados por fuerzas desconocidas, se diseminaron por las galerías, perseguidos como fieras y Cripps, con un par de peones, se acercó al horrible brasero preguntando:

—¡Por Judas! ¿Qué puedo hacer, patrón? ¡Ahí no hay nadie que suba… ni que baje!

—No pero… Prepararos… Formar un lecho con los brazos,.. Voy a echaros a la señorita Stella… A ver cómo la recibís.

La joven se aterró al comprender que no tenía más salvación que ser arrojada desde aquella altura, pero apretando los dientes, se dejó tomar por la cintura y cerró los ojos.

Jim se afianzó entre dos maderos, midió la distancia y arrojó al vacío la joven. Ésta cayó como un peñasco, pero seis brazos poderosos la recibieron en la caída.

—Todo va bien, patrón — dijo Cripps—. Ahora usted.

—Bien, allá voy, cuidado… Luego recibiremos al mastodonte de Nino.

Elegantemente se arrojó de un salto, siendo recibido en el aire y Texas, uniendo sus brazos a los de sus hombres, gritó:

—Vamos, Nino, como si te arrojasen al río.

—¡No, maldita sea Sonoro! Me vais a romper la crisma o así cuando caiga… ¿No tenéis una manta?

—Tenemos un infierno. ¿Te tiras o quieres convertirte en un torrezno?

Nino dudó. Sabía lo que pesaba y temía la caída, pero los palos minados por el incendio crujieron horriblemente y el mejicano comprendió que corría más peligro allí que arrojándose al vacío.

—Bueno va, allá voy, pero, ¡maldito sea vuestro retrato como me dejéis que bese la tierra con la cabeza!

Por fortuna, los cuatro eran resistentes y pudieron recibirle sin detrimento para su físico.

—¡Repinto! —exclamó bufando como un hipopótamo—. He pasado más miedo que allá arriba. No he nacido para titiritero.

Stella se había desmayado en brazos de uno de los peones. Los momentos habían sido demasiado trágicos para ella y sus nervios no pudieron resistir la alegría de verse a salvo.

—Sacarla fuera a que le de el aire —ordenó Texas—. Vamos nosotros a acabar con esas alimañas.

Pero ya la batalla estaba agonizando. Los peones de Jim, intrépidamente, se habían lanzado tras los asustados mineros y éstos, iban cayendo uno a uno sin que hubiese para ellos cuartel o piedad.

A poco de separarse del tinglado, éste se desplomó con estrépito. La atmósfera se hacía irrespirable y se vieron obligados a correrse hacia el respiradero para renovar el aire de sus pulmones.

La noche había caído y un cielo estrellado cubría el arisco paisaje. Texas se acercó a Stella que parecía dormida.

—¡Pobre! — Exclamó. Ha pasado por un momento terrible.

Todos los peones se habían replegado fuera de la mina en espera de que la atmósfera fuese más respirable que dentro. Tenían que hacer una minuciosa requisa para averiguar si había quedado algún superviviente y sobretodo, para buscar el cuerpo de Zenker. Jim le había oído dar órdenes y estaba seguro de que se encontraba dentro.

Montaron una guardia en el agujero y durmieron al aire libre. Stella volvió en sí dos horas después y su emoción fue intensa al comprobar que todos estaban salvos y que no habían sufrido bajas.

—Creo que hoy hemos nacido de nuevo, Jim—exclamó.

—Sí, Stella y todo gracias a estos valientes muchachos que han cabalgado durante dos días sin descansar para llegar tan a tiempo. No le presento a usted a Cripps, porque ya le conoce del rancho.

—Sí, Jim. Le conozco, como conozco a todos. A tal amo tales

criados.

Nino, que ardía en deseos de volver a la mina, exclamó:

—Bueno, manito, creo yo que hay que haser algo para saber qué ha sido de ese pringao de Zenker. Hasta que no le vea con las tripas alrededor del cuello, creo yo que no estaré conforme.

—Mañana, Nino. Hoy no hay quien entre ahí. Mira el humo que está saliendo.

Al día siguiente, se decidieron a penetrar. Aún había mucho humo en el interior, pero lo aguantaron valientemente y registraron hasta el último rincón de la mina.

Encontraron más de docena y media de cadáveres de mineros, pero no consiguieron descubrir el cuerpo de Zenker. Texas, rabioso, gritó:

—¡Tiene que estar! Estaba durante la batalla. No me iré de aquí hasta descubrirle.

Tras una intensa requisa, se hallaron desanimados. El astuto secretario de Spack no aparecía y Texas, de repente, exclamó:

—¡Por Judas! ¿Se habrá escapado?

Acometido de una corazonada, corrió al agujero que daba a la torrentera y avanzó por el estrecho tubo. Cuando llegó a la salida, lanzó un juramento.

El grueso tablón con la cuerda de nudos que él había dejado allí, se encontraba atravesado sobre el orificio. El sagaz Zenker en su desesperación, viéndose perdido, había logrado atravesar el palo para que le sirviese de sostén mientras descendía, huyendo por el mismo camino de que Texas se sirvió para solicitar socorro.

—¡Mala suerte, Nino! —dijo—. Está visto que el diablo le protege. Nunca le había tenido tan acorralado como ahora y sin embargo… Presiento que aún nos va a dar mucho que hacer.

—Podemos perseguirle, creo yo — afirmó el mejicano.

—Ya es inútil. Nos lleva muchas horas de delantera. Si esto lo hubiésemos descubierto anoche…

Volvieron al respiradero abandonando la mina. Esta había quedado limpia de indeseables.

—¿Y ahora, qué, patrón? —preguntó Cripps.

—Ahora, os quedaréis aquí vosotros hasta que yo decida qué se ha de hacer con ella. La señorita quiere venderla y yo sé de alguien cerca de nuestras posesiones que la comprará con gusto.

—¡Oh, sí! —dijo Stella—. No quiero acordarme más de este terrible agujero Se la venderé en lo que quiera darme.

—En lo que honradamente valga, Stella. El comprador que yo tengo para ella, no es un vividor como Spack.

Y no lo era, pues se guardó que era él quien iba a adquirir la propiedad, para dejar a la muchacha libre de aquella preocupación.

Mediado el día, emprendieron la marcha de regreso al rancho. Ahora, no sufrían preocupaciones y podían caminar libremente sin temor a agresiones. Zenker derrotado, se hallaría muy lejos, la mina estaba liberada y en buenas manos y el tiempo alegre y soleado prendía optimismo en el alma.

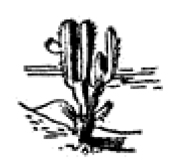
Stella, poniendo su caballo junto al de Texas, exclamó:

—Dios es bueno, Jim. Nos pone a prueba, pero en el último minuto se apiada de nosotros. Jamás le rezaré lo suficiente para darle las gracias, ni jamás pagaré a usted lo que ha hecho por mí. Si allá arriba hay un Dios que vela por mí, aquí en la tierra hay un hombre que es un dios para seguir sus inspiraciones.

Nino, que seguía tras ellos cabizbajo, repuso:

—Todo eso está muy bien, pero, ¡maldita sea Sonora! Yo me he chamuscado medio bigote y ese no hay Dios que me lo vuelva a poner hasta que crezca… ¿Qué les digo yo ahora a las chulas del rancho cuando me vean llegar con esta cara que parezco un fariseo, o así?

—Diles que te lo jugaste a una partida de “faraón” y lo perdiste… Les has contado tantas mentiras, que una más no les va a llamar la atención.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».